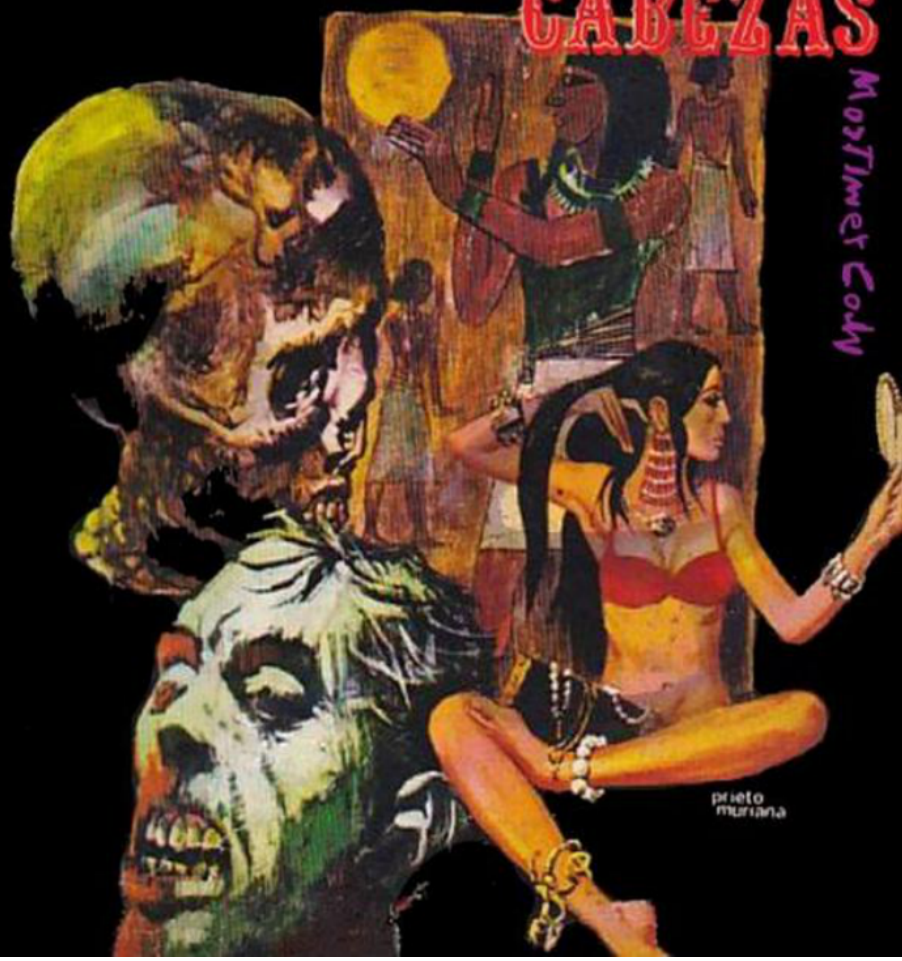


BOISILIBROS
MASA

TERROR

EL PATIO DE LAS CABEZAS

Mostimer Cody



prieto
muriana

HORROR 6



© Mortimer Cody
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

ISBN: 978-84-05-00303-1
Depósito legal: M. 33.020 - 1975
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

*EL
PATIO DE LAS
CABEZAS*

*Mortimer
Cody*



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

H

ACÍA quince minutos que el vuelo procedente de Chicago había efectuado su arribada al Tacoma Airport. Los rumores, los avisos por los altavoces, el despegue de aviones, con sus potentes motores a todo rugir eran constantes.

Aquella mujer parecía huir del ruido. Caminaba con paso rápido, muy femenino; un paso juvenil, airoso. Tenía veintisiete años ya, pero su figura resultaba graciosa, atractiva. Su melena era larga, lisa, color miel; almendrados ojos; fina y bonita la boca... Vestía pantalón de cuadros, jersey gris, amoldado al busto, y un abrigo hasta media pierna, de ante, con bordes, y cuello de pie! blanca. Llevaba solo una pequeña maleta en la diestra.

Alcanzó las cabinas telefónicas, todas ocupadas, y dejó la maleta en el suelo. Mientras esperaba, ordenaría un poco sus ideas. Ocurrían cosas desagradables en su familia, exigua familia, y era cuestión de emplear el máximo tacto. Quizás a ella no le correspondía el papel de mediadora, pero tampoco podía ver impasible aquella disgregación familiar.

Su mente se alejaba de los ruidos, de los rumores; estaba en otros puntos, muy distantes entre sí. Quizás se había precipitado al dejar Chicago para realizar aquel viaje, pero seguía considerándolo imprescindible.

Pudo entrar en la cabina, que abandonó una mujer, y buscó monedas en su bolso de mano; las introdujo en la ranura, y tras una corta vacilación, marcó un número de teléfono.

Se notó un poco nerviosa, mientras aguardaba respuesta. Llegó esta, por fin, a los pocos segundos; una voz femenina, algo pastosa, muy bien modulada:

—¿Sí?

—¿Eres Sheyla?

—Sí, ¿y usted?

—Yo... soy Monna. Monna Gilchrist.

—¡Monna! ¡Qué sorpresa...! ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto. Acabo de llegar a Tacoma.

—Vaya... doble sorpresa, querida. No te esperábamos... Por lo menos, yo no sabía una palabra de tu llegada —decía Sheyla.

—Ni nadie, Sheyla. Lo decidí de súbito. Parece que... las cosas no marchan como debieran. Pero no vamos a hablar por teléfono de todo esto... ¿Está mi padre?

—Pues no... Regresará a eso de las seis. Pero puedes venir, y podríamos...

—No. No ahora, Sheyla. Os veré esta noche. He preferido llamar por teléfono; quizás hubiera sido de mal gusto presentarme en vuestra casa sin...

—¡Es también tu casa, Monna! —protestó Sheyla.

—Gracias, Sheyla. Repito: iré más tarde. De seis a siete, y así podré hablar contigo y con mi padre.

—¿A dónde vas ahora, entonces?

—A mi casa, por supuesto —dijo Monna.

—Ya... ¿Quieres ver a tu hermano antes de hablar con nosotros? —inquirió Sheyla.

—Me gustaría verle, pero no en plan de confabulación, Sheyla. Por el contrario, trataría de convencerle para que asistiera a esa... reunión familiar. Como sea, quiero ir a mi casa, cambiarme, descansar un poco... Es un largo viaje.

—Lo comprendo, Monna. Cenaremos juntos, entonces; te esperamos.

—Muy amable; gracias, Sheyla. Dime: ¿cómo está mi padre?

—En perfecto estado, Monna. ¿O alguien cree lo contrario?

—No, no... No seas susceptible, por favor. Hace ya más de un año que no le veo, y debes considerar lógico mi interés. No te entretengo más ahora, Sheyla. Veré de tomar un taxi, y llegar a casa cuanto antes.

—Repito: si quieres alojarte aquí...

—Es preferible que no. Me gustará ver de nuevo mi casa, además. Tantas añoranzas —dijo Monna, con una breve risita al final—. Hasta la noche, Sheyla.

—De acuerdo... Hasta la noche.

Monna colgó el teléfono. Antes de inclinarse para tomar la maleta, reflexionó un poco. Sacudió su melena, se inclinó, y abandonó la cabina. Por la acogida de Sheyla, que parecía cordial, no podía juzgar nada de lo que estaba ocurriendo. Además, quizás no todas las dificultades estribaban en Sheyla; más bien, para ser sincera consigo misma, Monna las achacaba al fuerte carácter de su padre, y de Barry, su hermano. La pobre Sheyla, entre ambos, no debía pasarlo demasiado bien, a menos que se cargara de grandes dosis de paciencia.

Poco después, Monna conseguía un taxi, y se hizo conducir a su casa, en Ruston, en la punta norte de Tacoma; en Ruston Way, de cara a la bahía,

los Gilchrist tenían su casa. Una enorme casa de planta y piso que debía estar muy sola desde hacía algún tiempo...

El viaje fue bastante rápido. Tacoma es una ciudad de calles rectas en su mayor parte. Desde el Aeropuerto, se toma Jackson Avenue, que conduce a la Sexta Avenida, la cual delimita el norte y sur de la ciudad. Desde la Sexta Avenida, Pearl Street conduce a la punta norte, a Ruston.

Distraída, absorta en sus pensamientos, Monna apenas reparaba en las calles, en su tráfico, animación, ruidos; todo aquello lo conocía muy bien, puesto que había nacido en Tacoma. Lo curioso fue cuando el taxi la dejó frente a su casa, en Ruston Way. Todo era igual; todo, menos la casa... ¡Qué extraño...! Le parecía distinta, desconocida, como muerta... Por lo demás, los edificios contiguos, la maravillosa vista de Commencement Bay, los espigones del puerto, la gran zona industrial, el humo... Todo igual, a excepción de la casa.

Monna, ante la puerta, con un suspiro, pensó que aquello no era más que una apreciación subjetiva. Introdujo la mano en un hueco, y al tocar la llave sonrió. No. No era la casa lo que había cambiado; era la propia Monna; ella sí... Más de un año de ausencia... Quizás no debió aceptar vivir separada de su padre y de Barry...

Abrió la puerta, y pasó al gran vestíbulo. El decorado era el mismo; estaba intacto. Eso sí, se evidenciaba cierto descuido, achacable a que allí, desde hacía un tiempo, vivía Barry, a solas... Un solterón, a solas, suele ser bastante desastre en ciertos aspectos.

Miró en torno, se resignó, y lo primero que hizo a continuación fue dirigirse hacia el teléfono que estaba sobre un rústico aparador, frente al hogar. Descolgó, y marcó un número. La respuesta fue casi inmediata:

—Museo Gilchrist.

—Quiero hablar con Barry Gilchrist, señorita.

—Lo siento, no se encuentra aquí.

—¿Podría pasarle el encargo, *miss*...?

—Soy Cora Palmer; tomaré con mucho gusto el recado.

—Es breve. Dígame que Monna ha llegado a Chicago. Con eso bastará.

—¿Monna? ¿Es usted?

—¿Me conoce? —inquirió Monna.

—De oídas. Descuide; pasaré al señor Gilchrist su encargo en cuanto me sea posible.

—Gracias, *miss* Palmer.

Y colgó el teléfono. Era una contrariedad, pero ya imaginaba que no iba a ser fácil localizar a Barry. Este, por lo general, no pasaba el tiempo en el Museo-Exposición. Pero lo principal ya estaba hecho: su padre y su hermano se enterarían de que ella estaba allí, para imponer cordura. Aquellas cabezas duras tendrían que entrar en razón...

Monna tomó su maleta, y subió al piso. Al llegar ante la puerta de la que fue su habitación, cerró los ojos un instante. Empujó luego, y miró. Sí:

se sintió desolada, por el abandono reinante allí. Todo estaba cubierto de polvo; nadie se había molestado en adecentar de vez en cuando el cuarto... Por lo visto, nadie había pasado una noche allí desde que ella, hacía poco más de un año, se trasladó a Chicago.

Tenía, por tanto, más cosas que hacer de las previstas en principio; ya no se trataba solo de su aseo personal, sino de adecentar un poco su habitación, e invertir un poco de tiempo en el resto de la casa. Y puesto que no era de esperar la presencia de Barry por allí, de momento, y no quería ver la despena, decidió que después de ducharme llamaría a algún restaurante, para que le sirvieran el almuerzo.

Puso manos a la obra.

Dejó la maleta sobre la cama, la abrió, y extrajo las prendas que consideraba más útiles para aquellas circunstancias. Luego, empezó a desvestirse, para meterse en el cuarto de baño.

* * *

La casa estaba enclavada en Sunset Circle, Crystal Springs, en una de las zonas residenciales de Tacoma; al sudoeste de la ciudad. Un lugar apacible, de amplias avenidas, donde las casas estaban muy espaciadas, y apenas resultaban visibles, a causa de los espesos y amplios jardines y arboledas.

El salón, en el que ardían unos leños, ya al rojo, consumiéndose inevitablemente reduciéndose a blancas cenizas, el cuadro no podía ser más estático.

Estaba Sheyla; sí, estaba... Es decir, estaba su cuerpo. Sheyla se encontraba en un sillón, con la cabeza ladeada, colgando su mata de cabello oscuro; se le veía el blanco de los ojos, y de las comisuras brotaban hilillos rojos; una hemorragia lenta, débil... Así es como estaba Sheyla: muerta. En un sofá, desmadejada, desgrefñada, ojos en blanco, muy abiertos, y sangre en las comisuras.

También estaba míster Douglas Gilchrist, que fue esposo de Sheyla; estaba su cadáver también... Allí, sentado en un sillón, un periódico sobre el regazo, y la pipa sobre el periódico... Su mirada estaba fija en un punto muerto, indefinido, más allá... Lo atravesaba todo... Los dos, míster Gilchrist y Sheyla, parecían estar aún calientes.

Y había alguien más, tan quieto como los muertos, y quizás más pálido.

Allí estaba también Barry Gilchrist, que, cerca del fuego, tenía sombras en el rostro, bajo los ojos; se veía una pátina húmeda y brillante en su frente... Su cabello rojo parecía humedecido por el sudor; sus manos estaban agarrotadas.

Barry Gilchrist solo podía mover los ojos. Ya para mirar el cadáver de su padre, ya para mirar el cuerpo de Sheyla, tratando de no ver aquel rostro, que con el color de la vida fue hermoso; no se atrevía a mirar aquellos

globos que mostraban solo el blanco... No podía ver aquellos hilillos de sangre en las comisuras...

El silencio, por lo demás, era absoluto.

Se habrían oído las pisadas de un gato.

Mucho más, por tanto, pudo ser captado por Barry Gilchrist aquel rumor proveniente de la ventana del salón. Con rapidez, con el rostro desfigurado de pronto, con reflejos rojizos de los leños, con ojos refulgentes, Barry Gilchrist miró hacia el ventanal.

Y vio el rostro.

Vio aquel rostro al acecho; es decir, vio dos ojos muy abiertos, una boca convulsa...

Todo en cuestión de dos segundos.

El rostro desapareció de la ventana, y Barry Gilchrist, por fin, reaccionó. Lo hizo con violencia, con un instinto primitivo. Echó a correr hacia la salida del salón. Atravesó en pocas zancadas el vestíbulo de aquella confortable casa, y pasó al exterior, a la terraza-jardín. Sus pasos le condujeron hacia donde estaba el ventanal del salón, en un lateral del edificio; pasos agitados, rápidos, nerviosos...

Allá en la oscuridad del jardín, las sombras se cernían en el rostro de aquel hombre; rostro contraído, brillante; los ojos miraban con insistencia, buscando; sus oídos trataban de captar algún otro sonido. Estaba seguro de haber visto un rostro en la ventana; alguien que lo había visto todo...

Respingó, al oír unos crujidos, a poco más de una docena de yardas de distancia.

Se oían gemidos; el horror más profundo brillaba en los ojos muy abiertos de aquella joven que estaba aún fuertemente atrapada por Barry Gilchrist.

Y Barry, desencajado el rostro, perdidas de pronto las fuerzas, iba soltando a la mujer, la dejaba en libertad, sin poder dejar de mirar aquellos ojos almendrados, que expresaban el mismo horror que Barry había captado a través del cristal de la ventana.

—Barry... Barry, ¿qué has hecho...? —se oyó, susurrante, quebrándose, la voz de Monna.

—Monna... No-no... no es posible... ¿Tú aquí...? ¡Tú aquí!

—Lo sabías... Lo sabías, Barry. Llamé al Museo-Exposición esta mañana; han debido transmitirme el encargo y...

—No... No, no... Lo ignoraba, Monna. Eres tú... Tú, y precisamente hoy...

—¿Qué has hecho, Barry? ¿Qué has hecho? Y-yo... no sabía si desmayarme, o correr... He visto a papá, muerto... Y a Sheyla... Les has asesinado... ¡a ambos!

—¡No! No, Monna... No es lo que crees...

—Has sido tú, Barry... ¡Has sido tú! —casi sollozó Monna.

—No, espera...

—Entonces, si no has sido tú, deja que llame a la policía... Tenemos que avisar a la policía, Barry...

—Nada de eso. Monna... Monna, déjame reaccionar... No te esperaba; desconocía tu llegada... Y ha tenido que ser hoy...

—¡Todo esto te está acusando, Barry! Pero... ¿cómo has podido hacerlo...? Barry... un crimen, quizás, esté justificado en alguna ocasión; pero has matado a papá... ¡También a él! Ignoro por qué vuestra separación, vuestras disputas, ese poderoso rencor brotado de pronto. Lo ignoro todo. Pero matar a tu propio padre, Barry...

—Basta, basta... ¡Basta de eso, Monna!

—Entonces, llamaré a la policía, y...

—¡Tampoco! Monna... no comprendes; es difícil entenderlo... Intentaré explicártelo, pero no aquí, ni ahora... Creo que lo mejor será que te lleve a casa... Sí; eso es. Tengo el auto cerca. Te dejaré en casa. Hablaremos.

—Pero... ¿y ellos...? Los cadáveres de...

—¡Me ocuparé de eso, a su debido tiempo! Primero, intentaré convencerte de que estás en un grave error... Lo mejor para todos es que no te hubieses movido de Chicago. ¿A qué has venido? ¿A qué? —se enfureció, de pronto, Barry Gilchrist—. Nadie te necesitaba aquí... Eran, son, problemas a resolver por nosotros mismos... ¡No has debido venir, y menos tan inoportunamente! Pero, vamos; te llevaré a casa. Supongo que has estado allí hoy... Vamos, date prisa. Ve hacia el auto, Monna. Yo apagaré las luces, y me reuniré contigo dentro de un minuto. No intentes cualquier cosa que podría costarme la cabeza... Ya te explicaré...

—Barry, yo... Y-yo...

—¡Obedece!

La empujó hacia la salida.

Monna, muy aturdida, tropicando, anulada su mente por el horror que acababa de contemplar, víctima aún de aquel brutal choque de su mente contra algo que era incapaz de comprender, se sintió impotente para actuar por propia iniciativa, y obedeció a Barry, dirigiéndose a la avenida, en busca del auto de Barry, que estaba estacionado bajo unos árboles con el morro oculto.

Llegó jadeante, convulsa, muy abiertos los ojos; sentía la necesidad de llorar, pero no podía... ¡No podía! Solo sentía ahogo... No había reaccionado aun cuando el pelirrojo Barry corría hacia el auto. Sin despegar los labios, abrió la portezuela del asiento contiguo al del conductor, y metió a Monna en el vehículo. Luego, él se situó frente al volante.

Puso el coche en marcha, e inició la maniobra de salida. Dijo entre dientes:

—Es temprano, muy temprano... Si trato de sacar de ahí esos cadáveres a estas horas, corro el riesgo de ser visto... Iremos a casa; más tarde volveré. Monna, tendrás que creer lo que te explique... ¡Tendrás que

creerme!

—¿Y... y lo que he visto, Barry?

—¡Has visto dos cadáveres, y a mí, cerca! ¡Eso no significa que yo sea el asesino!

—Entonces, la policía...

—Monna, de una vez: olvida a la policía. Además... —se humedeció los labios— las cosas han salido de un modo que no consigo entender... Tal vez lo mejor sería que te condujera directamente al Aeropuerto, y regresaras a Chicago.

—Eso no, Barry... Escucha...

—Escucha tú —cortó, seco, Barry, sin mirarla, atento al tráfico de la calle North 19—: Vas a obedecerme en todo. ¿De acuerdo? Yo... no deseaba la muerte de nuestro padre. ¿Eres capaz de creerme?

—Es que lo contrario es tan monstruoso...

—Entonces, créeme. Del mismo modo, tengo que confesarte que sí deseaba la de Sheyla. Es más: la había preparado... Me he fingido hoy ausente de Tacoma para preparar esa muerte... Bien, he tenido éxito, pero no esperaba que papá muriese también... ¡Ha sido un terrible accidente! Y-yo... yo jamás podía esperar eso... Soy sincero, Monna: solo prepararé la muerte de Sheyla. Y... y papá ha caído también en esa trampa. No lo entiendo...

—Dios mío... —gimió Monna.

—¡Yo soy quien más lo lamenta! No me pongas nervioso con tus gemidos, con tu presencia, Monna; en bien de ambos. ¿Comprendido? Tengo... tengo que afrontar ahora los hechos...

—¿Por qué no te presentas a la policía, y aclaras...?

—¡No digas tonterías! —estalló Barry—. No he preparado lo de Sheyla para ahora ir a entregarme estúpidamente. No son esos mis proyectos. Ella tenía que morir, Monna... ¡Tenía que morir, y está muerta! ¡Muerta! Nunca me arrepentiré, pase lo que pase... Lo otro... lo de papá, es distinto. ¡No deseaba su muerte! Yo soy el más asombrado, aturdido; estoy consternado por lo ocurrido...

—Pero, Barry, ¿por qué...? ¿Por qué ese odio? Hasta llegar al crimen...

—Es mejor que sigas ignorando algunas cosas.

—Yo... llegué a Tacoma para intentar uniros de nuevo, para limar asperezas, para que nuestra corta familia pudiera vivir en paz, Barry. Y...

Se echó a llorar, por fin.

Sollozos hondos, que la estremecían. De todos modos, Barry se lo agradeció puesto que mientras lloraba no hablaba.

Él necesitaba pensar, salir de su estupor.

Tenía que encontrar soluciones.

El auto parecía haber volado, y se encontraban ya en Ruston, en Orchard Street, una transversal de Ruston Way. Y a los pocos minutos, el “Galaxie” oscuro de Barry se detenía ante su casa. Detuvo el motor, apagó

las luces, y gruñó:

—Vamos, Monna.

Tuvo que ayudarla a salir. Monna se sentía cada vez más débil. Lo que al principio parecía el horrendo producto de una visión, de algo irreal, estaba adquiriendo en su consciencia visos de realidad, de algo monstruoso y auténtico. Y casi no reconocía a Barry... Tenía el rostro desfigurado, contorsionado; el cabello rojo oscurecido, húmedo... La boca tan pálida, apretada.

Él la conducía de un brazo, hasta la casa; abrió la puerta, introdujo a Monna en el vestíbulo, y entró a su vez, para encender la luz después de haber cerrado la puerta.

Se miraban a los ojos, entonces. Barry cerró los suyos, apretando los párpados.

—¿Tomamos algo reconfortante, Monna? —musitó, por fin.

—Barry... ¿qué es lo que sucede? ¿Qué...?

—¡Ya te explicaré cuando lo considere oportuno! Me serviré un *whisky*. ¿Quieres?

—N-no... no podría tragar...

—Lo de papá ha sido un accidente. ¡Y no debes lamentar la muerte de esa mujer, de Sheyla!

Cerró los puños, y fue hacia el mueble bar. Se sirvió una generosa ración de *whisky* en un largo vaso color rojo, y bebió la mitad de un trago, pestañeando; seguía demudado, sin recobrar el color. Tenía el rostro algo basto, se le notaban mucho las pecas; en el aspecto físico, Barry había tenido un parecido muy acentuado a su padre, Douglas Gilchrist. Monna era más fina de piel, más suave en sus líneas faciales, en su porte...

—Monna... quiero saber si puedo confiar en ti... —musitó Barry mirándola con mucha fijeza.

Ella se estrujó las manos; no sabía qué responder. Además, la mirada de Barry le daba miedo en aquellos momentos; había extraños aleteos en los ojos color vino de su hermano; oscurecimientos súbitos.

—Barry... soy tu hermana, y...

—Exacto. Te basta tomar ese aparato y llamar a la policía para que todo termine para mí. ¿Vas a hacerlo?

—No sé... No debiera, pero...

—Decídete, Monna. Si has de confiar en mí, que sea de modo total. De modo que yo pueda seguir adelante, y ocultar... lo ocurrido. Sin el temor de que en cualquier momento te arrepientas. Decídelo pronto. He de ir en busca de esos cadáveres, y ocultarlos. Por ahora, es la única solución. La ausencia de papá no se notará antes de que transcurran algunos días. Ya sabes: suele viajar bastante; como antes... Largos viajes a veces...

—Barry... dime por qué lo has hecho. Si yo consiguiera comprender eso... Las rencillas familiares son, a veces, muy borrascosas, pero llegar hasta el crimen...!

—No, no, no. Nada de rencillas familiares, Monna. Hay mucho más, que tú ignoras. Yo... —se humedeció los labios—, descubrí algo que representaba tanto para papá y para mí... Pero no voy a hablarte de eso ahora. ¿Puedo irme tranquilo en busca de esos cadáveres?

Monna fue quien cerró los ojos entonces.

Tuvo que abrirlos de inmediato; veía a su padre con los ojos vidriados, la pipa sobre el periódico, tan quieto... A aquella mujer, a Sheyla, desgreñada, con hilos de sangre en la boca, los ojos tan horriblemente vueltos, en blanco...

—Monna, por favor... —susurró Barry.

—Está bien... Lo de papá ya no tiene remedio...

—No. Por desgracia, no... Voy a salir. No te muevas de aquí.

Monna parecía ir a decir algo, pero en aquel instante sonaba el teléfono. Ambos lo miraron, con sobresalto.

Monna, más cerca del aparato, fue quien alargó la mano.

CAPÍTULO 2

S

U boca, ante el micro, tembló; y su voz.

—Diga...

—CULPABLES...

Fue un susurro ronco, inidentificable; solo aquella palabra llegó con claridad a oídos de Monna que, de súbito, palideció con brusca intensidad. Por esa razón, Barry Gilchrist se dio cuenta de que algo ocurría, y sin la menor oposición por parte de Monna alargó la mano, arrebatándole el teléfono.

—¿Quién es? ¡Diga! —exigió, nervioso.

—CULPABLES...

—¿Quién es usted? ¿Qué...?

No le dejaron terminar; el clásico sonido de corte de comunicación sonó como un amenazador trueno en los oídos de Barry, quien tan pálido como Monna que aún sostenía el aparato en su diestra. Y ambos se miraban. Monna tenía las pupilas dilatadas, el espanto asomaba a ellas. Barry tragó saliva, y colgó con violencia el aparato, como si con ello solucionara la situación.

—Debe... debe de ser una broma de alguien... —musitó Barry.

—Ha dicho “culpables”. A los dos, Barry... ¡Y yo no soy culpable de nada! ¡Lo único que he hecho yo ha sido contemplar las víctimas de tus dos crímenes...! ¡Me consideran culpable a mí también...! ¡Se equivocan! ¡Se...!

—Basta... Basta, Monna. Tranquilízate... No contaba con esto; me desconcierta, me asusta, lo confieso, pero a ti nada te ocurrirá... Si me atrapa la policía, nada debes temer. Tú no has intervenido... Creo que lo único positivo que puedo hacer ahora, y rápido, además, es ocultar esos dos cadáveres. Si no los encuentran, no me podrán acusar... ¿Lo entiendes? Urge que vaya a...

De nuevo el teléfono.

De nuevo sonaba el aparato, y Monna y Barry parecieron encogerse. No obstante, en aquella ocasión, Barry reaccionó de modo agresivo. Tenía que saber quién llamaba, quien trataba de asustarles, y con qué propósito. ¡Tenía que averiguar quién era...! Por consiguiente, se abalanzó hacia el teléfono, sin que Monna hubiese hecho el menor intento para tomarlo.

Y sonó la voz de Barry, ronca, agresiva, perentoria. Unas gotas de sudor aparecieron en su frente, arrugada y pálida.

—Diga quién es. Y diga también qué se propone con...

—¡Barry! Eh, Barry, ¿eres tú, muchacho?

Barry, aturdido, con aquella voz alegre, cordial, hiriendo sus tímpanos, musitó:

—¿Quién llama...?

—Soy Harry, demonios. Pronto te has olvidado de mí, veo...

—Harry... Harry, eres tú. No te había reconocido, lo siento —musitaba, aún aturdido, Barry.

Y no impidió que fuese Monna quien aquella vez le arrebatase el teléfono. Monna, muy agitada, nerviosa. Parecía que iba a precipitarse en un torrente de palabras, sollozos, lamentos, pero, de súbito, se serenó, al ver el rostro de Barry, aquella expresión de acorralamiento. Fue un destello de lucidez de Monna, que reaccionó incluso con brillantez:

—Harry, querido... —dijo—. No esperaba tan pronto tu llamada.

—¿Pronto? ¿No hace ya cuatro siglos que te fuiste?

—Solo hace horas... —rió, un poco nerviosa, Monna—. Salí esta mañana de casa, ¿recuerdas? ¿O mi marcha te ha vuelto amnésico?

—Amnésico, no sé. Pero te aseguro que me siento un pobre hombre errante y solo... ¿Cuándo regresas?

—¡Pero si acabo de llegar! —protestó Monna, riendo de nuevo.

—Vaya, es cierto... En fin, tendré que preguntarte cómo anda ese lío de familia y se supone, si dices que hace tan poco que estás ahí, que no habrás resuelto nada. ¿O sí? Las mujeres sois de asombro a veces.

—Pues no, Harry. Aún no he resuelto nada. Ni... ni siquiera he visto a... a mi padre... —le falló un poco la voz.

—¿Acaso no quiere recibirte?

—No digas eso... —musitó Monna—. Está... de viaje. Ya sabes: es un infatigable viajero, pero... regresará pronto...

Se mordía los labios, entonces. Barry la miraba con evidente ansiedad en los ojos. Monna lo estaba haciendo muy bien. Monna estaba perfecta en su papel...

—Espero que no tarde demasiado, querida. No podré vivir mucho tiempo sin ti. Recuérdame de vez en cuando, por lo menos. ¿Lo harás?

—No seas tonto, Harry... Solo pienso en ti —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Te llamaré cada día, Monna. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, hazlo...

—Hasta mañana, entonces, amor.

—Buenas noches, Harry...

Cuando Monna colgó el teléfono, se echó a llorar de modo incontenible, profundo. Las lágrimas que habían estado empañando sus ojos, se desbordaron. Barry quiso acudir hacia ella, pero Monna, con un gesto le rechazó, se apartó de él. Barry murmuró:

—Monna... me has ayudado mucho con esto... Me has...

—Déjame sola, te lo ruego... ¡Déjame! Ve... ve a hacer lo que tengas que hacer. Ahora, déjame...

Y Monna, desolada, temblando, sollozando, corrió hacia las escaleras que conducían a la planta de los dormitorios. Barry la contempló unos instantes. En cierto modo, se sentía algo más tranquilo, ante la perspectiva de que podía contar con la discreción de Monna. Sin embargo, no olvidaba que el problema estaba agravado por aquella voz del teléfono, que los señalaba como culpables. Y... estaba agravado, de modo muy especial, por aquellos dos cadáveres que debía retirar, ocultar, antes de que el azar, una vez más, jugara una carta contra él.

Había calculado realizar aquella operación más tarde, pero la llamada telefónica acusadora precipitaba las cosas.

Salió de la casa y se metió en el “Galaxie”. Salió lanzado hacia el sur, hacia la zona residencial de Crystal Springs.

El tráfico era muy fluido a aquellas horas, y pudo recorrer el trayecto en menos de media hora.

Aquella vez, buscó un nuevo escondite para su vehículo que quedó en una esquina donde no llegaba apenas la luz de la avenida. También para meterse en aquella bonita casa, que destacaba entre árboles y jardín, a oscuras, eligió otro camino, siempre temiendo que un par de ojos estuvieran de vigilancia.

Por otra parte, pensaba que podía ser la mejor solución encontrarse de cara con el propietario de la voz del teléfono... La mejor solución, sí; y al pensarlo, los dedos de Barry Gilchrist flexionaban, se agarrotaban, y su frente se humedecía... Quizás estaba pensando en estrangular aquella voz, cortar aquella respiración...

Saltó la verja por un lateral, y fue deslizándose hacia la casa, sin ruido, sin pisar hojas; siempre pisando losa o blando césped. Nada había a su alrededor, aparte de la oscuridad y un apacible silencio... Como si nada hubiese ocurrido allí dentro.

Realizaba esfuerzos por serenarse, ya que tenía por delante un duro e ingrato trabajo: llevarse los dos cadáveres, enterrarlos lejos. O quizás sería más fácil lastrarlos y arrojarlos en cualquier playa o acantilado, en la bahía... Optaría por lo más fácil y seguro. Pero, en primer lugar, debía tener en su auto los dos cadáveres.

Penetró en la casa sin la menor traba.

Sus pasos apenas sonaban, llegando desde atrás, desde la cocina,

acercándose al salón, cuya puerta, al ser abierta, ni siquiera emitió el más leve chirrido.

Entró en el salón; esperaba ver a su padre, quieto, abiertos los ojos, rígido ya... y a Sheyla, con la cabeza casi colgando, la sangre en las comisuras y...

No.

No había nada; nada, nadie... Ni vivos ni muertos.

Tras unos instantes de estupor, Barry dio unos pasos, mirando el salón con mayor perspectiva. Luego, sacudió la cabeza. No era posible... Aquello no era posible...

Claro que cabía una explicación: el hombre del teléfono se había anticipado a él, y tenía los cadáveres, tenía los cuerpos, que en cualquier momento serían la acusación contra Barry... ¡Había permitido que se le adelantaran! Por culpa de Monna, por la presencia tan inoportuna de Monna... ¡Había llegado a Tacoma para arreglar el lío familiar...! ¡Qué sarcasmo...!

Barry, cerrados los puños, se sentía débil en aquellos momentos, con deseos de abandonarse a lo que ocurriese, sin fuerzas para luchar...

No obstante, reaccionó. Quien fuese la persona que había entrado en juego, tenía que pertenecer a su círculo...

Y él la descubriría; esa persona quería algo de él; dinero, sin duda. Un chantaje, claro... Por tanto, si se serenaba, si actuaba con eficacia, si estaba atento, la situación podía soslayarse...

Claro que a Monna no le diría una palabra de lo ocurrido. Monna se pondría histérica... Era capaz, cuando recibiese la siguiente llamada de su esposo, de contárselo todo...

No. Ni palabra a Monna...

Por lo demás, Barry Gilchrist aún echó un vistazo por toda la casa, muy atento, por si veía algo, a alguien, que le ayudase... Fue inútil. Tuvo que meterse en el auto, y regresar a su casa de Ruston Way.

* * *

A las nueve menos dos minutos de la mañana, Barry Gilchrist dejaba su “Galaxie” en el “parking” elevado de Central Playground. A pie, hasta el Museo Exposición, invertía solo dos minutos, saliendo a la calle Once Sur, bajando hasta la animada y populosa Market Street, de cara a City Waterway, al conglomerado industrial, separado por la franja de grasienta agua, de superficie brillante, ya que aquella mañana parecía que el sol iba a tener fuerza suficiente para asomar por entre el gris de las nubes de los últimos días.

Barry llegó al local, que ya estaba abierto, y penetró en él.

Tenía que procurar que no se notase su turbación, su noche de insomnio total. ¿La causa? Había estado pensando mucho...

Quedó detenido en aquella galería, donde se abarrotaba el arte, en especial de Próximo y Lejano Oriente, correspondiente a todas las épocas. Desde la prehistoria a la actual.

También había objetos de cultura americana, inca y maya. Pero predominaba la Oriental. Objetos de cultura sumeria, babilónica, incluso había maquetas, reproducciones en marfil de barcos fenicios y estatuillas de hombres rojos; de fenicios. Muchos de los objetos que se encuentran en el Museo de Bagdad estaban allí reproducidos, constando la consiguiente autorización. No obstante, no todo eran reproducciones; había muchos objetos auténticos, originales. Egipcios, románicos, atenienses... Era una mezcla de cultura que los Gilchrist, con la ayuda de sus socios, habían clasificado. Todo estaba en perfecto orden, y para el visitante no podía haber confusión; no solo por los apartados en que se encontraban, sino por los catálogos, muy amplios, muy bien ilustrados, sobre cada objeto, y la cultura antigua a que pertenecía.

—Buenos días, señor Gilchrist —oyó a su espalda la voz de *miss* Cora Palmer, la secretaria.

Giró; intentó una sonrisa.

—Buenos días, Cora.

—¿Es usted el primero en llegar, señor Gilchrist?

—No. Ya estaba abierto. Míster Hitesman, o míster Lawrence, o ambos, deben de estar dentro.

—Ya... Señor Gilchrist, ayer estuve tratando de localizarle. Le llamaron por teléfono; su hermana fue quien...

—Oh, sí, lo sé. Cora, gracias.

—¿La vio? ¿Habló con ella?

Barry inventó con rapidez una mentira.

—Puro azar, Cora —dijo—. Solo estaba de paso en Tacoma; proseguía viaje hacia Los Ángeles. Hablamos unos minutos en el Aeropuerto.

—Bien, lo celebro. Iré a mi puesto.

Cora echó a andar, quitándose el abrigo. Era una mujer en la treintena, miope, con un cuerpo que no correspondía a su rostro poco agraciado; un cuerpo que, visto de espaldas, resultaba de una exquisitez fuera de lo corriente. De todos modos, Barry Gilchrist tenía cosas más importantes en qué pensar, que en el cuerpo excepcional de Cora, la secretaria eficiente, miope, solterona.

Barry Gilchrist, pues, echó a andar, galería adelante, recorriendo el amplio local, alargado, con las paredes y estantes intermedios materialmente rodeados de objetos, la mayoría de ellos bastante valiosos, en especial para coleccionistas, estudiosos, hombres capaces de distinguir una estatuilla maya de un objeto de culto babilónico.

Al fondo, estaban las dependencias de administración. La misión de Cora en el Museo Exposición consistía en recibir a los clientes, atender llamadas telefónicas, escribir algunas cartas, y, cuando se preparaba algún

viaje, ocuparse de facilitar la ruta al socio que emprendiera tal viaje. Hasta el momento, los Gilchrist habían monopolizado, por la excepcional cultura de Douglas Gilchrist, todo lo relativo a viajes, a prospecciones, a indagaciones: incluso, en muchas ocasiones, la sociedad había realizado excavaciones.

Al llegar a la antesala que comunicaba con los despachos, Barry vio que el de míster Hitesman estaba abierto, solitario; así pues, Hitesman no había llegado aún. E iba a introducirse en su propio despacho, cuando se abrió la puerta del correspondiente a míster Lawrence.

—Gilchrist —llamó.

—Buenos días, Lawrence. ¿Me necesita?

—Estaba intentando localizar a su padre, por teléfono...

—¿No lo consigue? —inquirió Barry, con rostro impasible.

—No... Pensé que usted...

—Lo siento, Lawrence; ignoro todo lo relativo a mi padre.

—Perdone. No he debido molestarle con eso...

—¿Puedo ayudarle yo? —inquirió Barry.

—No, no; esperaré. Solo quería su opinión sobre unos objetos que recibimos ayer...

—Como quiera, Lawrence. ¿No está Hitesman?

—Parece que no ha llegado...

—Bien, no importa. Si quiere que examinemos juntos esos objetos, Lawrence, con mucho gusto le...

—Olvídelo. Hay tiempo. Gracias, de todos modos.

Lawrence regresaba a su despacho; era un hombre de unos cincuenta años, algo cargado de espaldas, cabello gris. En apariencia, era un hombre de escasa fuerza física, de no demasiado empuje ante la vida; prefería ocuparse en todo lo relativo a miniaturas artísticas, en las que era un auténtico experto. Había descubierto maravillas, en cosas que cualquier hombre de escasa cultura habría arrojado sin concederles el menor valor. Un hombre mínimo en ciertos aspectos; tan mínimo como sus miniaturas...

Mientras Barry, en su despacho, quitándose el oscuro abrigo meditaba sobre ella, pensaba también que, por el contrario, Hitesman era un hombre grande y fuerte. Un hombre inteligente, a su modo, y muy culto también. Quizás Hitesman tenía más probabilidades de tener alguna relación con lo ocurrido la noche anterior; es decir, con la llamada telefónica, y la desaparición de los cadáveres.

Barry fue a sentarse en su sólido sillón, de estilo antiguo; su despacho, en general, resultaba antiguo, sólido, pesado. Pero agradable por su decoración, en verdad rica.

Pensaba que tal vez tuviera algún significado la ausencia de Hitesman aquella mañana. Hitesman solía ser puntual...

Embrollado en sus pensamientos, Barry decidió hacer algo práctico, a la espera de acontecimientos. Estaba seguro de que se producirían, ya que

el hombre del teléfono, el que hizo desaparecer los cuerpos, daría de nuevo señales de vida; era incuestionable: volvería a tener noticias.

Trató de estudiar papeles, y una próxima ruta, un itinerario hacia las islas griegas, pero era inútil. Era un viaje que debía realizar su padre... Y cerró los ojos, desesperándose ante el terrible accidente ocurrido. Él solo había preparado la muerte de Sheyla... Veneno. Lo más eficaz: veneno. Y el veneno fue para ambos...

Se estaba mesando los rojos cabellos, cuando sonó el teléfono: una llamada de la centralita que manejaba *miss* Palmer.

Tomó el aparato, mientras pensaba.

—¿Cora? —dijo.

—Míster Gilchrist, le llaman al...

—Tomaré la llamada luego. Por favor, tráigame las listas de los últimos objetos de cultura sumeria vendidos. Creo que habrá que hacer una fuerte reposición.

—Bien, míster Gilchrist.

—Ahora, por favor, pásame la llamada —pidió Barry.

Había sido una excusa; quería alejar a Cora del teléfono, para evitar que esta escuchase la conversación... Y Barry tardaba tanto en responder a aquella llamada, que oyó la voz:

—¿Está ahí, Gilchrist?

—Sí... Diga.

—Supongo que anoche se llevaría una sorpresa.

—¿Quién es usted? Dígame.

—Debería saberlo, Gilchrist. Por lo pronto, tengo algo que decirle: todo va a seguir exactamente igual que antes. ¿Lo ha comprendido? No habrá la menor variación. Usted actúe como si nada hubiese ocurrido. Es todo lo que tenía que decirle.

Gilchrist pestañeaba, muy sorprendido, asustado, incrédulo.

—¿Todo... todo ha de seguir como antes...? No comprendo... —susurraba.

Se oyó una sarcástica risa.

—Déjese de cábalas, Gilchrist. Nada ha cambiado, a excepción de que usted ha cometido estúpidos errores, que podrían costarle caros; muy caros. Espero que estemos de acuerdo.

—Pero yo...

—Usted, sencillamente, se equivocó al matar, Gilchrist. ¿Es una buena explicación?

—No es posible...

—Creo comprender lo que siente, pero no me incumbe. Pague sus errores.

—Espere... Espere, usted es Hitesman. Usted es...

Le colgaron el teléfono.

Cerrados los ojos, estaba concentrado con el rostro grueso, algo basto,

de Hitesman. Aquellos ojos pequeños, oscuros, inteligentes, de Hitesman; sí, solo podía ser él... Aún no había llegado; se retrasaba para llamarle... Solo podía ser Hitesman.

—Gilchrist —oyó desde la puerta.

Sobresaltado, abrió los ojos. Luego, los achicó, sin poder evitar que un ramalazo de incompreensión cruzara por sus pupilas color vino.

Allí, frente a él, con un paquete en la mano, estaba Hitesman; el propio Hitesman que parecía un tanto sorprendido, y había algo de recelo en sus ojos.

—¿Creía hablar conmigo por teléfono, Gilchrist? —inquirió Hitesman.

—Bien...

—¿Se trata de algo importante?

—No... No, no. Nada, Hitesman...

—Le veo muy pálido, con mal aspecto, Gilchrist. ¿No se siente bien?

Barry se dio cuenta, entonces, de que tenía el teléfono aún en la mano, y colgó despacio; notaba picor en el cuello, era el nacimiento de un sudor extraño, frío.

—Me confundí —dijo, un tanto seco, tratando de reaccionar—. Eso es todo, Hitesman.

—Está bien. ¿Quiere venir a mi despacho?

—¿Por alguna razón...?

—Ya lo verá. Por favor, Gilchrist.

—De acuerdo.

Barry Gilchrist se puso en pie. Fue con Hitesman, pero este no se dirigió directamente hacia su despacho, sino que se desvió al de Lawrence. Abrió la puerta, y dijo:

—Venga, Lawrence, por favor. Quiero que vean algo.

Lawrence dejó su lupa y un objeto que estaba examinando, y se puso en pie, sin ninguna expresión especial. Tan solo Barry parecía tenso, y en cuanto a Hitesman se mostraba algo misterioso, ya en su despacho, desenvolviendo el paquete que había llevado bajo el brazo, y que se encontraba sobre la mesa. Lo desenvolvió en absoluto silencio. Dejó el contenido al descubierto.

Apareció un brillante vaso etrusco, grabado, con asa.

—Es un objeto que llegó con nuestras últimas adquisiciones, señores —dijo Hitesman, de pronto—. Un vaso etrusco, de oro... Solo que no es de oro; se trata de una falsificación bastante buena, pero falsificación al fin. Ni es etrusco genuino, ni el material empleado para la construcción es oro. Sospeché al examinarlo, ya a primera vista, y esta noche, en mi casa, he corroborado sin lugar a dudas mi primera impresión. Es... una mala noticia, ¿no creen? Sospecho que habrá que examinar todos los objetos recibidos en las últimas semanas. Y... lo desolador es que hayamos vendido ya algunos, y nuestros clientes podrían darse cuenta, achacándonos a nosotros el fraude. Es una posición delicada la nuestra, y aún en ausencia de mister

Gilchrist me atrevo a proponer que actuemos con absoluta honestidad, controlando el material recibido, y examinando las listas de ventas.

Barry Gilchrist parecía tan carente de vida como el vaso etrusco.

En cuanto a míster Lawrence, sin inmutarse demasiado, dijo:

—Es curioso... Yo estaba examinando en estos momentos una miniatura que nada tiene de auténtica...

Míster Hitesman respingó.

Aún no se había quitado el abrigo, y parecía mucho más corpulento y fuerte de lo que era en realidad.

—No es posible, Lawrence... —susurró, alarmado.

—Siento decirlo, pero no me equivoco. Es una cuestión demasiado delicada como para efectuar un examen a la ligera, señores.

—Por Dios... ¿Qué significa esto? —musitó Hitesman—. ¿Dónde está míster Gilchrist?

—Yo intentaba localizarle para examinar juntos esa miniatura —dijo Lawrence.

Miraban ambos a Barry, quien musitó:

—Yo lo ignoro... Ustedes, aunque lo disimulen, saben muy bien que las relaciones entre mi padre y yo no son muy cordiales en estos últimos tiempos...

—Pero hay que encontrarle. No tenía viaje alguno programado, por lo que debe de estar en su casa, en la ciudad... Es necesario localizarle, y realizar una reunión de urgencia, al completo. Los cuatro. Han de tomarse decisiones importantes, y realizar muchos exámenes —decía, excitado, Hitesman.

CAPÍTULO 3

E

RA un día de terrible soledad, de angustia, para Monna. Encerrada en aquella casa, que, después de haber sido abandonada por ella un año antes, a raíz de su matrimonio, le parecía no poco sórdida. Ciertamente allí había nacido, y allí se había criado, pero su ambiente era ya distinto, más triste; y hasta creía oír ruidos arriba, en el desván. Podían ser ratas... Barry era excesivamente descuidado con la casa; ni siquiera tenía asistenta.

Las horas del día aún transcurrieron con relativa rapidez; podía ver, desde las ventanas, panoramas de gran contraste: como Point Defiance Park, por ejemplo, con sus bosques y jardines, y la playa de la bahía. Por otro lado, mirando hacia el oeste, los enormes muelles y puentes, los humos de las industrias.

Al anoecer, empezó a sentir miedo de encontrarse sola allí. De buena gana hubiese llamado a Harry, a su esposo, pero era preferible que Harry no supiera nada de aquello... También, en algunos momentos, sintió la necesidad de meter sus cosas en la maleta, y huir hacia el Aeropuerto, para tomar el primer vuelo hacia Chicago.

Eran más de las nueve de la noche, y Barry ni siquiera la había llamado por teléfono; la tenía en tensión, sumida en la incertidumbre, en el miedo...

De pronto, en el vestíbulo, empezó a sonar el teléfono.

Monna corrió hacia el aparato. Podía ser su esposo, o podía ser Barry. Ojalá fuese su hermano; temía no poder disimular como la noche anterior, tras aquel día de pesadilla, a solas con los macabros recuerdos que poblaban su mente; a solas con las carreras en el desván; llena de incertidumbre...

—¡Diga! —pidió, casi con histeria en la voz.

—Voy a darle un consejo —oyó una voz queda, extraña, desconocida—: Evite nuevos errores de su hermano, señora.

El color huyó del rostro de Monna.

—¿Quién es usted...? —inquirió, con un hilo de voz.

—Quien da buenos consejos suele ser un amigo, señora.

—Pero... ¿qué está haciendo Barry? ¿Qué significa esto?

—Si quiere impedirlo, vaya al 1200 de Puget Sound Avenue, junto al Franklin Park. Si no se da prisa, temo que Barry Gilchrist cometa algún nuevo disparate. Dejo en su mano la posibilidad de evitarlo. De usted dependerá lo que suceda.

—Dios mío... Dígame quién es usted y qué sucede...

Se cortó la comunicación.

Le habían colgado el teléfono.

Monna, con el aparato en la mano, se sintió sacudida por el temblor. No comprendía nada, a excepción de que Barry iba a cometer un nuevo crimen. De forma más o menos velada el desconocido del teléfono se refería a eso: un nuevo crimen de Barry.

Monna acabó por colgar el teléfono, y, de pronto, echó a correr escaleras arriba, en busca de su abrigo de ante con bordes y cuello de piel. Llevaba sus pantalones a cuadros y un jersey oscuro; se agitaban sus cabellos color miel, su bonita figura estaba estremecida; muy pálido su rostro.

Quizás hacía mal; quizás debería ir primero al Police Department y poner a la policía al corriente de todo, pero si podía salvar a Barry era su obligación hacerlo; no podía hundirle, sin más...

Bajaba poniéndose el abrigo, e instantes más tarde estaba en la calle, en busca de un taxi.

* * *

Había sido un día de labor agotadora. Mister Robert Hitesman llegó a su casa cansado, pero, sobre todo, muy preocupado; se estaban descubriendo muchos fraudes, en la inspección exhaustiva que realizaban los tres socios, en ausencia de mister Douglas Gilchrist. Significaba no solo una importante pérdida económica, sino también un riesgo cierto; la posibilidad de que algún avisado coleccionista descubriera algún fraude, antes de que ellos lo advirtieran, y pudieran avisarle...

Por lo demás, el señor Hitesman aún no quería pensar en ciertas probabilidades; había nebulosas en su cerebro que podían convertirse en sospechas, y se sentía inquieto, muy inquieto, ante la posibilidad de haber sido víctima de un abuso de confianza.

No. No quería pensar en ello aún, por más que la desaparición de Douglas Gilchrist era algo tal vez significativo.

Dejó el coche en el garaje, y se dirigió hacia la entrada de la pequeña casa, a la que se había mudado al enviudar, hacía ya cinco años. Una casa con solo tres habitaciones, servicios, un buen salón... Le sobraban habitaciones, a excepción de cuando los chicos regresaban en vacación del

“campus” universitario... En ocasiones, llegaban con media docena de amigos, y convertían aquella tranquila casa en algo parecido a un campamento indio en son de guerra...

Se quitó el abrigo, que dejó en el vestíbulo, y pasó al salón. Lo primero, era encender fuego. Iba a pasar muchas horas en el salón aquella noche, y necesitaba el calor del hogar. Introdujo leños, encendió, y, luego, con paso un poco lento, quizás con esos movimientos algo torpones de los hombres con excesiva corpulencia, se dirigió hacia la cocina. No tenía el menor apetito, pero tomaría alguna cosa.

Invirtió diez minutos en la cocina, sin tan siquiera reparar en lo que había comido.

Regresó al salón, dispuesto a seguir examinando listas, y pensando; quería reflexionar muy bien sobre los últimos viajes de Douglas Gilchrist.

Penetró en el salón, y apenas pisar la alfombra, una sombra se destacó a su espalda.

Una sombra armada con el atizador del fuego; un atizador de punta roja. Durante varios minutos, aquella punta había permanecido entre los leños, sometida al fuego...

Hitesman percibió un rumor, roces, pero antes de que se volviera, ya era atacado.

El primer golpe, asestado con la punta del atizador al rojo, cayó sobre su coronilla; se oyó el grito de dolor de Hitesman, cuyos ojos, de inmediato, se llenaron de lágrimas; en su coronilla, el pelo se chamuscó, produciendo de inmediato ese olor fétido característico del cabello quemado, aparte de que el hierro había llegado hasta el cuero cabelludo.

Aturdido Hitesman, pero consciente y tratando de defenderse, giró.

Entonces, fue mucho peor, ya que el hierro, su punta roja, cayó sobre su frente, como una tortura insoportable; un duro golpe, que hundió la frente de Hitesman, trazando en ella una línea gruesa rojinegra. Siguieron otros golpes; casi todos en el rostro, en puntos dolorosos, y otros tan vitales como las sienes, por ejemplo, cuando Hitesman, a causa del dolor, se estaba desvaneciendo, caía de rodillas...

Quedó en tierra, de costado, mirando hacia un lado del salón, con el rostro lleno de sangre, de líneas rojinegras, con las sienes hundidas por los golpes, desprendiendo olor a carne quemada.

* * *

Aquella vez, Monna estuvo a punto de desmayarse. Aquella visión... Era horrible... Aquel rostro destrozado, lleno de sangre; aquellas líneas rojinegras; los golpes habían sido asestados con el atizador del fuego, no había duda...

En un rincón del pequeño jardín, entre plantas, Monna se ocultó cuando Barry Gilchrist salía de la casa. Tenía miedo; las reacciones de Barry, si se

sabía sorprendido otra vez, eran imprevisibles. Podía incluso tratar de matarla a ella... Le dejó marchar, sin permitir que su presencia en el jardín fuese percibida por Barry, que salía de aquella casa con rostro de espectro, animado solo por motas, que eran las pecas; un rostro del color del yeso húmedo.

Barry Gilchrist desapareció de allí. Había apagado las luces, y el jardín estaba a oscuras, pero no significaba obstáculo alguno para la salida de Monna. Esta oyó, a lo lejos, el motor de un auto; se alejaba. Entendió que se trataba de Barry. Entonces, abandonó el jardín, apareció en la avenida, y caminó con rapidez, en busca de algún taxi.

Pudo detener uno, ya a quinientas yardas de la casa.

Se dejó caer en el asiento, y conteniendo un sollozo dijo:

—Al Police Department.

—¿Le ocurre algo, señora? —inquirió el conductor.

—No, no...

Sin más comentarios, el taxi se puso en marcha, en dirección al centro de la ciudad. Quince minutos más tarde, el auto reducía la velocidad, acercándose al cuartel general de policía. Iba a detenerse, pero Monna, con los ojos muy abiertos, miraba aquel edificio, aquellas luces; veía agentes uniformados, una patrulla que estaba saliendo, con un auto esperándolos junto a la acera. Vio a Barry en un celda, en un terrible juicio, condenado de por vida a prisión...

—Por favor, no pare... —musitó—. Siga... Siga hacia Ruston Way. Ya le diré dónde debe dejarme.

El hombre le dirigió una mirada de soslayo, y dijo:

—Como quiera, señora.

Durante la carrera, Monna no cejó de estrujarse las manos, y de exprimirse el cerebro. Trataba, en vano, de hallar alguna justificación para Barry, para sus horribles crímenes... Solo había una; demencia. No podía e entregar a Barry a la policía, sin intentar, antes, hacer algo por él; algo más humano. Barry, después de todo, había sido un buen hermano, y... Monna, en su fuero interno, reconocía que de la separación familiar Barry no era del todo culpable. A Barry le ocurría algo terrible, sin discusión, en la mente.

Cuando se dio cuenta, estaba demasiado cerca de su casa, por lo que decidió pasar de largo, de modo que el taxista no la viera entrar.

Se le ocurrió la pequeña astucia, temiendo infinidad de cosas, que tal vez solo existían en su mente. Tuvo que retroceder varios centenares de yardas, a pie. Por fin, introducía la llave en la cerradura de la puerta, y tras abrir entró en la casa, que se le antojó más sórdida aún, al ver a Barry en pie, junto al hogar sin fuego, pese al frío, con un vaso de *whisky* en la mano, lívido, con estrías rojas en los ojos.

Barry, al verla, dejó el vaso de *whisky*, y se precipitó hacia ella.

—¿De dónde vienes? —inquirió—. ¿Qué has estado haciendo, Monna?

Te dije que...

—Lo he visto todo, Barry —musitó Monna—. Todo...

Barry se detuvo a dos pasos de su hermana; la miraba a los ojos, la escrutaba. Monna vio que las venas de las sienes de Barry se hinchaban. Su aspecto era aterrador en aquellos momentos. Pese a su reacción, Barry intentó fingir, intentó lo imposible.

—No sé a qué te refieres —dijo, con voz ronca.

—Me llamó alguien por teléfono... Y yo... Llegué tarde. No pude impedir que asesinaras a míster Hitesman... ¡Llegué tarde! —se estrujaba las manos—. Barry... ¿por qué todo esto? ¿Por qué? Tienes que hacer algo, lo que sea, por liberarte de esa obsesión... ¡Ya son tres crímenes! ¿Sabes una cosa? Me arrepentí justo a tiempo antes de entrar en el Departamento de Policía... Quisiera hacer algo por ti antes de hablar con la policía; déjame intentar algo, Barry... Deja que yo...

—¡Basta! —gritó, descompuesto, Barry—. Basta, Monna... ¿Quién te llamó por teléfono y qué te dijo?

—No sé quién es... Pero acertó: ibas a matar... Yo vi al señor Hitesman muerto; tú estabas allí... Tú...

—Monna, no vas a creerme, pero yo no he sido...

—¡Claro que no puedo creerte! ¡Claro que no!

—Pero es la verdad... Cuando yo llegué, ya estaba muerto; lo hicieron a golpes; con el atizador del fuego. Y...

—¡No me interesan los detalles! Barry, compréndelo, reflexiona —casi sollozaba Monna, tan pálida como Barry—. Algo sucede en tu cerebro. Y-yo... yo llegué para imponer la paz, y... Dios mío... ¿qué es lo que está sucediendo? Me estás rodeando de cadáveres... ¿Qué solución es matar, y cuál es la razón? Eres un sicópata, Barry... Un asesino sicópata. Deja que te examinen, que diagnostiquen tu...

—No voy a hacer nada de eso, Monna —cortó, seco, saltones los ojos, Barry—. Están jugando con nosotros, conmigo. Un juego macabro... Yo te explicaré por qué estaba en casa de Hitesman. Yo... creía que él tenía algo que ver con el hombre que hizo retirar o retiró, los cadáveres de papá y Sheyla... Sospeché de él... Traté de vigilarle, y... ¡le vi muerto! ¡Es la única verdad!

—No puedo creerte, Barry, lo siento... Escucha: ven conmigo a Chicago. Entre mi esposo y yo te ayudaremos en...

—No digas tonterías Monna. Eso es imposible... No puedo abandonar ahora. Estoy en peligro, en un grave aprieto... Mira: son cosas que ignoras, que no comprenderías. Es mejor que lo olvides, y...

—¿Olvidar que has cometido tres crímenes, y que puedes seguir cometiéndolos, Barry? No, no... ¡No puedo! Tengo que estar a tu lado, hacerte reflexionar... Tengo que...

—Eres un estorbo, Monna. ¿Te enteras? ¡Un estorbo! Ya tenía bastantes complicaciones antes de tu llegada...

—Barry dime: ¿por qué lo del señor Hitesman? No veo la relación con lo de papá y Sheyla, y...

—No sé nada, Monna. ¡Nada! Déjame en paz.

Monna iba a decir algo, cuando sonó el teléfono.

Ella iba a correr hacia el aparato, pero con un brusco movimiento Barry la agarró por un brazo, deteniéndola. La expresión de Barry asustó a Monna en aquellos momentos. Barry musitó:

—Quieta... Si es esa voz misteriosa, quiero entendérmelas yo con...

—No, Barry... Debe de ser mi esposo. Deja que hable con él, que le explique algo: solo le diré que le necesito, que venga... Entre Harry y yo podríamos ayudarte y...

—No... Harry sería el estorbo definitivo. No quiero vuestra ayuda, no la necesito, Debiste quedarte con él, en Chicago, y olvidar que tienes familia. Apártate de una vez...

La empujó lejos del aparato. Lo tomó, sin dejar de mirar a Monna que tragaba saliva, sintiendo miedo de la mirada de Barry, de aquellas estrías rojas, de las venas en las sienes...

—Gilchrist al habla —dijo Barry.

—¡Barry! ¿Qué tal muchacho? ¿Está Monna? Llamé antes, pero no había nadie, no me respondió nadie, y pensé...

—Hola, Harry —interrumpió Gilchrist—. Monna y yo fuimos a cenar juntos. Ha regresado cansada, y en estos momentos está en el cuarto de baño, y dispuesta a descansar. Si es algo urgente, le diré que...

—No, no... Hay que conformarse; quería hablar con ella, pero no voy a molestarla en estos momentos. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, Harry, bien...

—¿Sirve de algo la naricilla de Monna por ahí? —rio Harry Chesley.

—Bueno, aún es pronto para saberlo...

—Sí, claro. Volveré a llamar mañana, Barry, ¿de acuerdo?

—Cuando quieras, Harry. Y no te preocupes; las cosas van bien, y todo se solucionará.

—Que sea pronto. Solo hace un año que estamos casados, y... Ya comprendes, supongo. ¿Y tú, muchacho? ¿Algo en perspectiva?

—Si te refieres a algún asunto matrimonial, nada, Harry.

—Tú te lo pierdes —rio Harry—. Hasta mañana.

Barry Gilchrist colgó el teléfono.

Monna le miraba con ojos, llenos de lágrimas, mordiéndose el labio inferior.

Sin decir una palabra, Barry fue hacia donde había dejado su vaso de *whisky*; lo tomó, y bebió un trago.

—¿Por qué lo has hecho, Barry? —oyó, a su espalda, la voz de Monna.

—No quiero que Harry, ni nadie, sepa nada de esto.

—¡Podríamos ayudarte!

—Sí, de un modo: no habiéndote movido de Chicago. Te ha inducido

sin duda, la buena fe, tu amor a nosotros, a ese viaje, Monna. Pero te aseguro que tú presencia es una catástrofe; por lo menos, para mí, y máxime teniendo en cuenta que no me crees... ¿Sigues convencida de que he asesinado a Hitesman?

—Tengo ojos, Barry... Eso es algo inevitable...

—¿Me viste hacerlo?

—Estabas allí. Y no había nadie más...

—No, claro... El asesino ya había desaparecido, Monna: tengo un peligroso enemigo... ¡Y tú estás colaborando con él, estúpida! ¡Aprovecha tu presencia aquí para complicar las cosas! Es... es alguien que sabe que estás aquí, claro... No es Hitesman, porque está muerto. Puede ser Lawrence; hasta la propia Cora... ¡Cualquiera! Pero en un círculo muy restringido, y yo soy el centro de ese círculo...

—Estás sugiriendo que quieren hacerte daño, cuando eres tú quien asesina, Barry...

Barry se pasó la mano por la pálida y pecosa frente.

—Yo solo quería matar a Sheyla... A ella sí... ¡a nadie más! Y... resulta que he cometido grandes errores... Voy a volverme loco, Monna, si continuamente te tengo a mi lado, con esa mirada acusadora, mirándome con terror, como si yo fuese un monstruo... Vete a la cama; déjame a solas. Tengo que reflexionar. La muerte de Hitesman puede repercutir desfavorablemente en...

—¿A quién crees que buscará la policía, en cuanto se descubra el crimen del señor Hitesman, Barry? No seas ciego... Os interrogarán a míster Lawrence y a ti. Buscarán a papá también...

Barry miró de un modo raro a Monna. Hasta se permitió una sonrisilla, que para Monna no era más que una nueva manifestación de locura.

—Dudo mucho de que el cadáver de Hitesman esté ahora donde lo vimos tú y yo, Monna —murmuró luego—. Creo que he cometido un absurdo fallo: debí quedarme, y ver qué sucedía. Pero... no sé, tuve miedo... ¡Vine a refugiarme a casa, como un imbécil, acobardado! Eso es lo que debí hacer: quedarme, y ver quién lo recoge, quién hace desaparecer el cadáver.

—Puedes estar equivocado...

—No...

—Además, no creo una palabra: tú, solo tú, eres el asesino.

Barry cerró los ojos un instante.

—¿Cómo podría convencerte, Monna? —musitó.

—Cuéntamelo todo, Barry... Confía en mí. Ante todo, comprende algo: yo no deseo hacerte el menor daño. Es todo lo contrario... —le miraba con expresión de súplica, se acercaba a él.

Barry, hosca la expresión, gruñó.

—Hace frío. ¿Y si encendieras el fuego? Hay un poco de leña; iré a por más al patio.

—Está bien... lo que ocurre es que no sé si temblaba de frío o de miedo... Un poco de calor nos sentará bien. Ve en busca de la leña, Barry. Yo, mientras, encenderé el fuego.

Barry pareció vacilar; miró al teléfono.

—¿Desconfías de mí? —inquirió Monna—. ¿Crees que voy a aprovechar para llamar a alguien?

—Perdona...

—Tengo la esperanza de saberlo todo esta noche, Barry. Y... yo a pesar de la muerte de papá, hacer todo lo posible por ti. Yo... quiero creer que lo de papá fue, en verdad, un accidente...

—Lo fue, no lo dudes...

—Está bien; me estoy helando, Barry.

Barry aún tardó un par de segundos en salir del vestíbulo, donde estaba el hogar, y Monna dispuesta a encender fuego, y meter algunos leños. Barry iba por el pasillo, hacia el patio interior de la casa, donde había un buen montón de leña, muy necesaria en los crudos inviernos de Tacoma, cuando la nieve, blanca, gris a veces a causa de las brumas, se posa sobre el Monte Rainier.

Monna tenía poca firmeza en las manos; se sentía demasiado atribulada. Era imposible olvidar aquellos cadáveres que había visto en poco más de veinticuatro horas; horrendas muertes... Aquellas expresiones vitrificadas de angustia; la cara llena de sangre, cortes, quemaduras, de míster Hitesman... Y veía a Barry con ojos de asesino acorralado; con aquellas venas en las sienes, lívido, desfigurado...

Monna consiguió prender fuego, y tomó el fuelle, para avivar las llamas, y que prendieran cuanto antes en los troncos.

Lo consiguió, y procedió a quitarse el abrigo, que dejó colgado en una percha de pie, a pocos pasos de distancia. Luego, pensó que podía tomar alguna cosa que la reconfortara; un poco de *whisky*. Y prepararía otro para Barry, que aún no regresaba.

Iba a preparar el fuego, cuando percibió la humareda en el hogar. Pensó que el tiro no funcionaba bien, y revocaba el humo.

Aquello era una contrariedad. No obstante, se acercó al hogar, retiró los leños que habían empezado a prender, de modo que dejaran de producir aquella densa humareda, que la hizo toser. Dejó los troncos a un lado del amplio hogar, y con el atizador se dispuso a comprobar si alguna cosa obturaba el tiro, la salida de humos.

Se arrodilló en el suelo, y lanzó unos golpes de atizador.

En efecto, tocaba algo sólido.

Allí, arrodillada, con la melena hacia un lado puso la cabeza al hogar, tratando de ver algo.

Y vio.

El grito estentóreo, agudo, incontenible, de Monna, resonó en la chimenea, en aquel reducido espacio; un grito que se repitió, a

continuación, mucho más estridente. Y Monna retiró la cabeza, para llevarse las manos a las sienes; sus ojos estaban casi desorbitados, el horror se pintaba en sus facciones, que estaban pálidas, con algunos inevitables tiznes.

Luego, empezó a gemir, se le extraviaba la mirada.

Llegaba corriendo Barry, con un haz de leña. Lo tiró junto al hogar, y acudió junto a Monna, que pareció encogerse, volvió a gritar, ante la proximidad de Barry, al que miraba con auténtico terror. Barry, sin comprender una palabra, trataba de calmarla.

—Pero, ¿qué ocurre, Monna? ¡No necesitaba histéricas junto a mí! —se enfureció por fin—. ¿Qué significan esos gritos, esa actitud?

—E-estás... estás loco... ¡Tú sabes lo que has hecho, tú lo sabes! ¡Asesino! ¡Déjame...! ¡No me toques...! ¡Tengo que avisar a la policía, tengo que...!

—¡Basta!

Tuvo que asestarle una bofetada.

Monna, con una mejilla como encendida de pronto, los ojos muy abiertos, aún de rodillas, retrocedía, alejándose del monstruo. La boca de Barry temblaba; el desconcierto le hacía sudar; no comprendía aquella reacción de Monna.

—Si estás más tranquila, dime que sucede —masculló.

Monna, hierática, miró hacia el hogar.

Aún había algo de humo, que irritaba más los ojos de Barry. Este pareció comprender, y se acercó al hogar.

Se inclinó, para mirar, volviendo la cabeza hacia lo alto.

Quedó estático, como petrificado.

CAPÍTULO 4

D

URANTE varios segundos, Barry solo pudo hacer una cosa: contemplar la cabeza de su padre, que colgaba de la chimenea, con los pies hacia arriba; contemplar aquel rostro, oscurecido, pero los ojos abiertos, fijos.

Demacrado, con los labios temblorosos, Barry pudo retirarse, y miró a Monna. Tragó saliva, antes de murmurar:

—¿Crees que he sido yo? ¿Crees que yo lo he colgado ahí? —estalló con violencia nerviosa al final.

Monna no dijo una palabra. Estaba en pie, detrás del sillón, como si el mueble fuese una barrera que la protegiese de la locura de su hermano. Barry no intentó acercarse. Barry consideraba otros problemas en aquellos momentos.

—Monna... tengo que descolgar de ahí el cadáver; iré arriba, al techo. Y... supongo que lo habrás pensado también; el cuerpo de Sheyla quizá no esté lejos. Puede estar también en la chimenea, o en algún otro lugar de la casa... Como sea, nuestro comunicante del teléfono ha cometido el error de devolverme esos cadáveres... Ya no podrá ejercer sobre mí ningún poder; ni siquiera el del miedo... ¿Lo comprendes? Voy a descolgar a papá, y... le enterraré, siquiera de modo provisional en el patio... Y buscaremos a Sheyla.

—Y-Yo... yo no pienso buscar cadáveres... ¡Solo quiero marcharme de aquí...!

—¿Para qué? —inquirió Barry.

—Ya lo sabes... Esto es demasiado. Quiero ayudarte, y...

—¡Entonces, cállate! —gritó, descompuesto, Barry.

Monna se mordía los labios; dirigió la mirada hacia la chimenea.

Fue como si presintiera algo, ya que, de pronto, se produjo un estruendo, una caída; hollín, humo, un cuerpo que chocaba de cabeza contra el refractario piso del hogar...

Y ante los ojos de Monna, apareció el cuerpo de su padre, grotescamente doblado; una visión macabra, que la llenaba de horror, de deseos de gritar, de huir...

En cierto modo, huyó, ya que no pudo resistir aquella visión, y se desvaneció, cayendo al suelo, con lentitud, quedando detrás del sillón que parecía haber interpuesto como barrera; no lo había sido para el terror...

Barry, que notaba brotar el sudor en todo el cuerpo, miraba, alternativamente, el cuerpo de su padre, doblado, cabeza abajo, y no del todo visible, y parte de la cabellera color miel de Monna, detrás del sillón.

Tras vacilar unos instantes, sintiéndose atrapado, sin ideas, con el miedo clavado en su cerebro, empezó a pensar que las cosas ocurrían del mejor modo, por lo menos en aquel momento. Podría enterrar a su padre tranquilamente.

Pero primero se ocuparía de Monna.

Había que impedir que saliera de la casa, que pudiera comunicar a la policía todo aquello; ni siquiera podía permitirle hablar por teléfono con su esposo. Tenía que incomunicarla, en tanto se resolvieran algunas cosas.

Barry reflexionó un poco, mientras se acercaba a la desvanecida Monna. Se inclinó, la tomó con ambos brazos, y echó a andar con su carga hacia los interiores de la casa. La dejaría en la bodega, sin salida posible. La encerraría en la bodega, y cerraría por fuera, ocultando la llave. Por lo pronto, era una imperiosa necesidad que Monna dejase de ser un estorbo.

Abrió la puerta de la bodega, sujetando a Monna, que parecía una muñeca rota junto a Barry. Había que descender unos peldaños. Monna, sin ser una mujer frágil, era muy esbelta, de peso más bien moderado, y pudo bajarla sin dificultades, sin contratiempos. La acomodó lo mejor que pudo, en un banco, de sólida madera, que había en un rincón; la dejó tendida. Volvería a ocuparse de ella a su debido tiempo.

Abandonó la bodega sin que Monna se hubiese recuperado.

Se dedicó, entonces, a solas con sus pensamientos, que resultaban ser una muy negra compañía, a retirar el cadáver de su padre del hogar. Tuvo que ir arrastrándolo, dejando un rastro de tizne, en dirección al patio interior de la casa.

Una vez allí, completamente a oscuras, fue en busca de las herramientas para cavar una sepultura. Pensó que, después de todo, su padre no merecía nada mejor que aquello... Cavó con furia, como si deseara que el esfuerzo físico, el cansancio, le hiciera olvidar otras cosas. Fracasó en el intento, puesto que tras meter a su padre en la fosa, y cubrirla con tierra, estaba tan tenso como en el momento en que descubrió el cuerpo de Douglas Gilchrist colgado cabeza abajo.

Salió del patio, y recorrió toda la casa, en busca del cadáver de Sheyla.

No lo vio por ninguna parte... Podía estar también en la chimenea, más arriba...

Utilizando cañerías de desagüe del patio, y una escalerilla de

emergencia, llegó al techo de la construcción; se deslizaba con el silencio de un gato, hacia la salida de humos. Tenía que echar un vistazo por allí, y arrojar unas monedas...

El vistazo no servía para nada; todo estaba muy oscuro. Echó las monedas, y oyó el ruido de las mismas, abajo, en el piso refractario; por consiguiente, no habían tropezado con ningún obstáculo. Sheyla, por tanto, no estaba allí.

Dejó el techo, y cuando cruzaba el pasillo, ya en dirección al vestíbulo-salón, oyó fuertes golpes en la puerta de la bodega.

Pensó pasar de largo, pero los golpes arreciaban, y se oían los gritos de Monna:

—¡Barry, sácame de aquí...! ¡Te lo suplico, sácame de aquí!

Se acercó a la puerta.

—Monna...

—¡Ya basta, Barry...!

—Escucha: nada te ocurrirá ahí. ¿Me oyes? Lamento haber tenido que hacerlo, pero no puedo permitir que vayas a hablar con la policía de cosas que no entiendes. Tranquilízate. No grites. Descansa...

—¡Ábreme la puerta...!

Barry sintió un poco de flaqueza, pero se sobrepuso. En aquella situación, la histeria de Monna era difícilmente reversible...

Se volvió de espaldas, y echó a andar, desoyendo los gritos de Monna, los golpes que esta daba en la puerta de la bodega.

Monna no le perdonaría aquella jugada... Él, para hablar, para poder decir algo coherente a Monna, o a alguien, a quien fuese, en caso de serle exigidas responsabilidades, tenía que realizar algunas gestiones. Monna era un estorbo.

* * *

Las voces resonaban mucho en aquel lugar.

Resonancias que multiplicaban los sonidos; el eco parecía interminable. Desde abajo, se veía apenas una tenue lucecita. El hombre que estaba abajo, oyó:

—¿Sigues profundizando?

—¡No, aquí termina...!

—¡Mira si hay alguna salida!

El hombre que estaba abajo encendió su linterna, y empezó a moverse por aquella gruta, el final de una especie de pozo. El haz de luz iba revelando cosas en verdad decepcionantes. Había restos, sí; huesos, fósiles, algunas cosas, pero nada que tuviera gran valor. Además, no parecía existir salida alguna... Hacía un calor tórrido, y muy húmedo, allí abajo; un calor que pegaba las ropas del hombre a su cuerpo; en especial la camisa, oscurecida en la espalda y bajo las axilas.

—¿Cómo va eso? —le gritaban desde arriba.

—¡No veo nada de interés, ni salida alguna!

—¡Magnífico, entonces!

... magnífico...

... nífico...

... fico...

El hombre que estaba abajo parecía no entender. Debía de ser otra palabra, otra expresión, que el eco formaba.

—¿Cómo dices? —gritó.

... dices...

... ces...

No hubo respuesta. Es decir, sí hubo algo, que aunque resultaba muy difícil de interpretar, era toda una respuesta: una risa larga, feroz... Una risa que inundaba el ámbito, que llegaba desde arriba, como rebotando, provocando un alud. Lo provocaba, de hecho, en el hombre que estaba abajo, a medida que comprendía el significado de aquella risa...

Y el alud, instantes más tarde, empezó a ser real.

Primero, fueron unos guijarros, tierra, polvo... Algo que podía parecer un desprendimiento sin importancia.

Cascotes que rodaban, resonando, como si fuese una carga de caballería. Y el hombre, resistiendo, achicando los ojos, trataba de ver la lucecita de arriba. Con su linterna, además, trataba de alumbrar. No obstante, era trabajo, esfuerzo, inútil, porque la linterna ya solo alumbraba piedras, tierra, y polvo, que caían desde lo alto, en alud... Es más: el hombre que estaba abajo tuvo que retirarse, situarse en un rincón para evitar ser alcanzado por aquellas piedras, por la tierra... Parecía que la tierra, arriba, se abría... y se cerraba abajo...

—¿Qué está ocurriendo? ¡Socorro...! ¡Evitad ese alud...! ¡Vas a enterrarme vivo! ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, maldito!

El hombre, empapado en sudor, rodeado de polvo, pegado al húmedo rincón del final del pozo, veía caer ya la tierra y piedra a toneladas, cegando por completo la salida. Estaba allí, rodeado de polvo, tosiendo, gritando, llorando, empeñado en ver algo, con la luz de su linterna, que apenas servía para dejarle ver a más de una yarda, a causa de la intensa polvareda levantada...

El hombre, con los ojos dilatados por el terror, arremetió contra aquellas toneladas de piedras y tierra, que le habían aprisionado en el subterráneo. Arremetió, enloquecido, jadeante, gastando oxígeno, tosiendo, enrareciendo aún más el aire de reserva de sus pulmones.

Iba de un lado a otro, estrellándose contra las paredes, gritando, sollozando. Con su cuchillo de monte en la mano, tratando de escarbar, de ver, de llegar a alguna parte...

Tras el silencio, después del alud, en sus oídos, enloqueciéndole, resonaba aquella risa, desde lo alto; aquella risa que se había clavado en su

cerebro.

La risa que aún parecía brotar de las toneladas de piedras y tierra.

Y el macabro eco: “magnífico”... “nífico”... “fico...”.

¡Magnífico!

¡Y la risa!

¿Qué significaba aquello? ¿Qué?

Tenía que horadar la tierra, salir, respirar, volver al aire... Tenía que salir de allí... ¡No quería ser un fósil más allí abajo; un montón de huesos grises, que algún día, alguien, diría que habían pertenecido a alguna rara especie de antropoide...! ¡Quería vivir, respirar, salir de allí...!

Sus ojos estaban enrojecidos, casi fuera de las órbitas; su tos era seca; su desesperación sin límites...

Oía algo... ¡Oía un timbrazo! ¡Sí, era un timbrazo...!

Y el hombre, de pronto, se encontró sentado en un lugar mullido; en un lecho que había humedecido con su sudor. Se encontró en un lugar cómodo, confortable, respirando bien, solo que con cierta agitación, a consecuencia del terrible sueño, inseparable compañero de sus noches; de la mayoría de las noches, por lo menos.

En cuanto al timbrazo, era el teléfono, situado en la mesita de noche; un timbrazo que insistía...

Alargó la diestra; dejó oír una voz ronca, como si jadeara aún:

—¿Quién es?

—Todo en marcha. Me dijo que le llamase.

—Sí... Sí, sí... Está bien, de acuerdo. ¿Algún contratiempo?

—Ninguno, por ahora.

—Esas son buenas noticias, entonces... Buenas noches.

Colgó; se recostó en el lecho. Tenía los ojos abiertos; bien abiertos...

* * *

El último en llegar al Museo-Exposición fue Barry Gilchrist. Mostraba claras huellas de una noche de insomnio. Y no era la primera vez. Era pronto para que llegase alguien a visitar el museo; era pronto para la presencia de algún cliente. No obstante, Cora Palmer, la secretaria, ya estaba en su puesto, mirando a Barry con sus miopes ojos inquisitivos. Tal vez Cora pensaba que el señor Gilchrist pasaba las noches en compañía de algo más tangible y corpóreo que la almohada de su lecho. No obstante, procuraba mostrarse discreta.

—Buenos días, señor Gilchrist.

—¿Está Míster Lawrence?

—Sí; fue muy puntual.

—¿Y el señor Hitesman? —inquirió Barry.

—No. No ha llegado aún.

—Bien... ¿Alguna novedad?

—Ninguna, señor Gilchrist.

Barry pasó a la antesala distribuidora de los despachos, y fue directo al de míster Paul Lawrence. Entró sin molestarse en llamar ni avisar, y sorprendió a Lawrence con la cabeza entre las manos, codos sobre la mesa, en actitud de honda reflexión y, al mismo tiempo, preocupación.

Al oír a Barry, el señor Lawrence, sin el menor aspaviento, adoptó una actitud más normal, mirando a Barry a los ojos, y musitó:

—Es algo de escándalo, Gilchrist... Empiezo a calcular las pérdidas por más de dos millones de dólares... No quisiera precipitarme, ni que usted piense que soy pesimista; es... algo tangible, real; algo que he palpado, que estoy comprobando. No tenemos en el museo más que fraudes, y... aunque de modo involuntario, hemos estado engañando a nuestros clientes coleccionistas. Esta es la situación: podemos ir a la cárcel de un momento a otro. Y, claro está, ha llegado el momento de empezar a hacernos preguntas mutuamente... ¿Comprende lo que quiero decir?

Barry se humedeció los labios.

—¿Tan... grave es? —musitó.

—Un gravísimo problema, Gilchrist.

—¿Y cómo ha sido posible ese... fraude, esa...?

—Eso es, quizás, lo primero que debemos preguntarnos. No quisiera ofenderle, Gilchrist, ni trato de molestar a nadie... de momento. Sin embargo, repito, sí es hora de hacernos preguntas. Por lo pronto, se me ocurre preguntar: ¿Dónde están su padre y Hitesman?

—Lo ignoro... Las relaciones con mi padre...

—Sé eso, Gilchrist —cortó Lawrence—. No obstante, creo que es fácil de comprender: nos enfrentamos a un problema de muchísima mayor trascendencia que una disputa familiar, de mayor o menor alcance. No importa ahora qué relación, qué amistad o enemistad, existe entre usted y su padre; es al margen. Se trata, simplemente, de saber qué ha hecho cada uno de nosotros, en lo concerniente a su cometido en el Museo-Exposición. Y... no estoy acusando de nada a su padre... aún. Ni a usted. Ni siquiera a Hitesman... desaparecido también.

—¿Por qué dice que ha desaparecido? —inquirió Barry, tratando de disimular su tensión, sin conseguirlo del todo.

—Fui a buscarle esta mañana. Me desvié un poco de mi ruta habitual, y pensé que Hitesman y yo podríamos venir juntos en mi auto, y hablando. No estaba. Llamé varias veces, sin resultado. Me... permití mirar por las ventanas... Lo que se dice fisgar, puesto que me intrigaba su ausencia, teniendo en cuenta que su auto estaba en el garaje. No sé qué importancia hay que concederle a esa desaparición. Como sea, estamos usted y yo aquí, Gilchrist, y podemos empezar a hablar. Siéntese.

Barry, como si temiera que el asiento de la silla estuviera erizado de alfileres, se sentó, sin apoyarse en el respaldo; notó sudor en las palmas de las manos.

—¿Qué va a preguntarme a mí, Lawrence? —inquirió Barry—. Yo limito mi labor a... digamos relaciones públicas, a rematar ventas...

—Se diría, que es usted quien tiene que hacer preguntas, ya que yo, experto en miniaturas y en jeroglíficos, he estado... durmiendo. He dejado pasar ante mis ojos falsificaciones... ¿No es así?

—No todo se examina con la profundidad que...

—Me anoto ese fallo —cortó Lawrence—. En mi descargo, solo puedo decir que confiaba absolutamente en todos ustedes. Gilchrist... su padre, de siempre, desde que se fundó la sociedad, ha sido proveedor, por llamarle de alguna manera, de nuestro museo. El hombre que ha viajado, adquirido, incluso excavado a veces...

—Y usted le está acusando a él de los fraudes.

—Aún no, repito. Pero me gustaría escucharle.

Barry se pasó la mano por el mentón.

—No sé... —musitó—. Confieso que le he llamado varias veces, preocupado por todo esto, y no le localizo... Es más: tampoco responde su esposa, Sheyla, a las llamadas...

La mirada de Lawrence se endureció un tanto.

—¿No suena eso a fuga, Gilchrist? —inquirió.

—Podríamos pensar lo mismo de Hitesman, ¿no?

—¿Por qué no?

—Mire, Lawrence...

—Quiero razones claras de estas ausencias, y explicaciones más claras aún, Gilchrist. Usted no parece responsable de nada. Yo tampoco lo soy; sigo en mi puesto, y cargando con la responsabilidad, en ausencia de mis socios. Entonces, ¿qué pensamos? ¿Complicidad entre Hitesman y su padre? ¿No es significativo que hayan huido, o desaparecido o llámele como quiera, en el momento en que empezamos a descubrir cosas?

—Puede ser significativo, pero...

—Tienen un margen: veinticuatro horas. Tienen ese plazo para reaparecer, y aclarar las cosas. Transcurrido aquel, de no haberse presentado, iré a hablar con la policía. Gilchrist, yo tengo un prestigio en la ciudad; lo tiene nuestro establecimiento: aquí vienen a comprar coleccionistas de todo el país... Confían en nosotros; la mayoría han tomado lo que les dábamos, con plena confianza en nosotros. Y han pagado lo que pedíamos. Entre esos clientes, habrá alguno más curioso, o más culto, o quizás más suspicaz, y puede descubrir el engaño, el fraude, antes de que nosotros mismos lo hagamos público... Quiero salvar mi prestigio, y esta sociedad. ¿Lo entiende?

—Buscaré a mi padre, y... ¡No sé qué más puedo hacer, Lawrence! Esto es... inesperado; es... monstruoso.

—Tenemos veinticuatro horas, Gilchrist.

—Sí... Luego, usted irá a hablar con la policía.

—Lo haría, de no aclararse todo de modo satisfactorio.

Barry, como muy cansado, con gran lentitud se puso en pie.

Muy quieto, cerrados los ojos, parecía estar sopesando la posibilidad de que fuese Lawrence quien hubiese roto la cabeza a Hitesman a golpe de atizador... Y no solo eso: llevarse los cadáveres de su padre y Sheyla... y colgar el cadáver de Douglas Gilchrist en la chimenea...

Pero no; no. Lawrence no era la voz del teléfono...

Lawrence, quizás, estaba señalado como una víctima más.

Lawrence, y quizás el propio Barry.

Muy aturdido, sin despegar los labios, sin ver salida para aquella situación, Barry se dirigió hacia la salida del despacho.

Abrió la puerta.

El rostro de *miss* Cora Palmer se alzó, con sobresalto, y enrojeció algo, al verse descubierta. Su actitud estaba tan clara, que por unos instantes Barry no supo qué decir, mientras que Cora retrocedía un poco, confusa, atrapada.

—Parece que le interesan mucho nuestros problemas, Cora —dijo Barry, aparentando calma.

—Lo siento... Me pareció que disputaban...

—Era solo una conversación. ¿Nos ha oído?

—Yo...

—Seguramente, sí nos ha oído. Permítame hacerle una sugerencia: búsquese otro empleo, Cora —dijo, con tono seco, Barry.

Los ojos de Cora destellaron tras las gafas.

—¿Me despide? —masculló.

—Más o menos.

—Piénselo antes un poco más, señor Gilchrist. Pudiera ser que me dedicara a contar a ciertas personas lo que está sucediendo aquí.

Barry Gilchrist pestañeó.

—Vaya... veo que no se resigna, Cora. ¿Tanto le interesa este empleo? La empresa amenaza ruina, ¿no se da cuenta? Usted, tal vez, sea un buitre que quiere hundir el pico en la carroña.

Cora, apretó los labios.

Lawrence, que había acudido allí, al oír la amenaza de Cora, medió; se dirigió a la secretaria, diciendo:

—El señor Gilchrist se ha puesto nervioso, *miss* Palmer. Por favor, regrese a su puesto.

Cora miró, con cierto desafío, a Barry. Este optó por no volver a despegar los labios, en tanto Cora no se hubo retirado de aquel lugar, regresando a su puesto, en el local, en la cabina de fondo.

—Es una complicación que *miss* Palmer nos haya oído —dijo, por fin, Barry.

—Una más, y no creo que sea importante, Gilchrist. Bien, no perdamos tiempo, y busquemos soluciones. Trate de focalizar a su padre, y yo me movilizaré para intentar lo propio con Hitesman. Estas ausencias me

inquietan; me inquietan mucho, Gilchrist, le soy sincero. Me producen incluso un poco de miedo...

Barry no quiso hacer el menor comentario, y se metió en su despacho.

Le torturaba una pregunta: ¿Volvería a llamar el hombre del teléfono?

CAPÍTULO 5

H

ABÍA sido una mañana repleta de inquietudes, de temores. Por más que Barry Gilchrist había esperado la llamada de la voz, el sonido del teléfono, con alguna amenaza, o indicación, tal espera había resultado inútil, lo cual no contribuía a tranquilizarle; en absoluto. Por el contrario, la incertidumbre hacía aumentar su zozobra.

Por otra parte, pensaba en Monna. Allí, a solas en la bodega, encerrada, pasaría frío, hambre, y, sobre todo, miedo. Pero ¿qué podía hacer? Cualquier cosa menos liberarla, y permitir que corriese despavorida a la policía, para contar cosas inciertas. Monna ignoraba tantas cosas...

A pesar de todo, la mañana pasó rápida. Le asustó la llamada en la puerta de su despacho.

Luego, entraba Cora, que le miraba con los ojos empequeñecidos por el grueso cristal de sus gafas.

—Es la hora del almuerzo, señor Gilchrist —dijo Cora.

—¿Ya? Bien... Hoy no tengo apetito.

—Con su permiso, entonces, iré yo a almorzar.

—Sí, sí, vaya... Cora, perdone lo de antes. Le ruego que sea discreta. Ya ve que nuestra situación...

—No se preocupe por mí, señor Gilchrist. Olvidemos lo ocurrido —cortó Cora.

Se volvió de espaldas; sí, tenía un bello cuerpo...

Gilchrist la olvidó para sumirse de nuevo en sus pensamientos, cada vez más negros.

Cora, por su parte, tomó el abrigo y el bolso, e instantes más tarde estaba en la calle, en Docks Street. Solo tenía que caminar cincuenta pasos para meterse en el restaurante de autoservicio, donde almorzaba cada día, desde que obtuvo aquel empleo. Cora, al penetrar en el local, se dirigió directamente hacia la cabina telefónica. Mientras introducía las

correspondientes monedas en la ranura del aparato, miraba hacia la puerta, vigilante. Marcó un número.

Llegaba la respuesta segundos más tarde:

—Diga.

—Soy Cora... —musitó.

—Adelante, *miss* Palmer, la escucho.

—Parece ser que Lawrence ha lanzado un ultimátum. El plazo es de veinticuatro horas. Si para entonces no han aparecido Gilchrist y Hitesman, avisará a la policía. Es decir, que esto podría ocurrir mañana por la mañana.

—Bien... Es una interesante información, *miss* Palmer. Creo que con esto hemos terminado. Tal como le prometí, tendrá su compensación. Ya hablamos de cómo y dónde, ¿recuerda o repito instrucciones?

—No es necesario. No quiero permanecer más tiempo en la cabina; podrían sorprenderme. Es todo.

Colgó el teléfono, abandonó la cabina, y se dirigió luego hacia la barra, en busca del almuerzo.

* * *

Monna, en aquellos momentos, estaba desgredada, y aun tiznada por el hollín que se desprendió de la chimenea; tizne que el llanto había esparcido por su bonito rostro.

Desalentada, tiritando, quedó apoyada en la puerta, con el sollozo en la garganta.

De pronto, oyó pasos.

Se irguió, con las pupilas dilatadas. ¡Barry! Tenía que convencerle para que la sacara de allí... ¡Como fuese! Tampoco iba a condenarla indefinidamente a permanecer en la lóbrega y fría bodega... Barry tenía que comprender, volver a su cordura, humanizarse un poco. Ella no quería hacerle daño; era todo lo contrario...

—¡Barry! —llamó—. ¡Por Dios, ya basta, sácame de aquí...! ¡Te lo suplico...! ¡No puedo más!

Los pasos se habían detenido ante aquella puerta.

Sonó una voz, que evidenciaba sorpresa, asombro, incompreensión:

La voz sonaba un poco desfigurada a través de la madera, pero Monna respingó, y, de súbito, lanzó un alarido de alegría aplastándose contra la puerta; su voz sonó muy excitada, se atropellaba el hablar; lloraba al mismo tiempo.

—Harry... Harry, amor mío... —sollozaba—. Estoy aquí, encerrada. Abre la puerta... Harry, ¿cómo has llegado...? Tengo tantas cosas que decirte... Abre, por favor...

—Monna, cariño, pero... No veo la llave... ¿Quién ha hecho esto y por qué? ¿Qué sucede aquí?

—Ha sido mi hermano... Dices que no está la llave... Búscala, Harry...

Quizás la tenga en su habitación. ¡Corre! Necesito salir de aquí... ¡Harry, cuánto te agradezco que hayas venido...! Es milagroso... ¡Corre, busca la llave! Es urgente, querido...

—Iré al cuarto de Barry. Pero, ¿estás bien, Monna? ¿Qué...?

—Estoy bien, no te preocupes. ¡Corre!

—Sí, sí... Enseguida...

Monna oía la carrera de Harry Chesley, de su esposo, alejándose. Y pegada a la puerta, cerrados los ojos, lloraba de alegría en aquellos momentos. Era cuestión de minutos que pudiera estar abrazada a Harry. Y le contaría todo lo que había ocurrido en aquellos dos horribles días, que jamás podría olvidar...

Le pareció que Harry tardaba un millón de años en regresar.

Le oyó llegar; gritó:

—¿Tienes la llave, Harry?!

La respuesta llegó por sí sola, cuando oyó que la llave se introducía en la cerradura, girando... abriendo la puerta, y dejando a los Chesley frente a frente. Monna, tiznada, con sangre en las manos, llanto en los ojos, desgreñada, aterida, se abalanzó hacia su esposo, y se abrazó a él con fuerza histérica, sin poder pronunciar en aquellos instantes una sola palabra.

Por su parte, Chesley, comprendiendo lo que ocurría con Monna, tampoco despegaba los labios; la acariciaba, tan solo, tratando de calmarla. Hasta que murmuró, sin que ella se separase, sin que ella deshiciera el abrazo:

—Ya pasó, Monna, ya pasó... Salgamos de aquí. Estás hecha una lástima. Cuesta creer que todo esto sea obra de Barry... Demonios, más o menos, todos sabemos lo que es una disputa familiar, ¡pero llegar a estos extremos...! Francamente, estoy muy sorprendido...

Ella se separó un poco de su esposo; le miraba a los ojos.

—N-no... No es nada familiar, Harry... —dijo, con voz truncada—. M-mi... mi hermano ha enloquecido, Harry... E-es... un asesino...

Y estalló de nuevo en sollozos.

Ni siquiera notó la crispación de Harry, que la abrazaba de nuevo.

—Monna, ¿estás segura de lo que dices? ¿Cómo es posible...?

—¡Claro que estoy segura! Es horrible... Harry, tenemos que ayudarlo. Anoche, cuando llamaste por teléfono, yo estaba delante, pero no me permitió tomar el aparato. Te contó una sarta de embustes... Tenemos que hacer algo por él. Ayúdame a encontrarle, y... y no sé, pero algo podrá hacerse... Ayúdame, Harry...

Volvió a mirarle a los ojos, con expresión patética. Harry, intentando tranquilizarla, la besó, y ella cerró los ojos, aceptando el beso; pareció sentirse mejor, más tranquila. Estar junto a Harry la infundía nuevas fuerzas, calor...

—La verdad es que vine para daros una sorpresa... —murmuraba Harry

—. Pensé que si podía hacer algo por la familia de mi esposa, lo hacía por esta también... Además, Monna, no podía estar una hora más sin verte...

—Oh, Harry...

—Pero veo que se ha planteado una situación muy extraña. ¿Qué crees que podemos hacer, Monna? Yo no sé lo ocurrido; no sé...

—Quiso... quiso matar a Sheyla...

—Vaya...

—Y lo hizo. Pero, y esto es lo más terrible, Harry, por accidente mi padre cayó en la misma trampa, y murió también...

Harry respingó.

—Pero, Monna... —musitó.

—Y... y más cosas, pero te las contaré por el camino. Vamos.

—¿Vamos? ¿A dónde hemos...?

—Ya te contaré... Oh, estoy hecha una facha, querido... Cinco minutos me bastarán para arreglarme un poco. Luego, tomaremos un taxi, y mientras nos dirigimos hacia cierto lugar, te explicaré todo lo que sé. Toma algo, mientras, en el salón.

Fueron juntos al salón, y luego Monna corrió hacia su cuarto.

Estaba en el fondo del pasillo; iba como una exhalación. Abrió la puerta, y ya antes de encender la luz percibió, como un golpe, aquel fétido olor; como un golpe en el pecho, que la hubiese detenido. La dejó clavada en el umbral, casi mareada; un olor que parecía no comprender aún.

Pudo recobrar el movimiento, para encender la luz; lo hizo.

Y su mirada, dos segundos más tarde, se extraviaba; abrió mucho la boca, casi hasta desencajar las mandíbulas, pero ningún sonido brotó de su garganta. Sus pupilas estaban muy fijas en aquel rostro, que presentaba los tonos característicos del principio de descomposición de un cuerpo humano... Tonos verdosos, rojizos... Y el fétido olor a cadáver en descomposición.

Y aquellas cuencas que presentaban dos blancos globos saltones.

Allí estaba Sheyla, muerta, tirada en un sillón, desmadejada, infectando el cuarto con el olor a cadáver en descomposición; horrenda, con aquellos globos blancos, el tono de su tez, de su piel...

Mareada, llena de espanto, Monna retrocedió un poco, un par de pasos; quedó en el corredor, y allí le fallaron las piernas, y cayó de rodillas. Y mientras se cubría el rostro con ambas manos, lanzó un penetrante aullido que tuvo, como consecuencia, la rápida carrera de Chesley, que subía los peldaños de tres en tres, y ya corría hacia donde se encontraba, estremecida, sollozante, sin poder articular una sola palabra coherente Monna.

Harry la zarandeó, intentando calmarla.

—Monna... ¿qué sucede ahora? Monna, cariño, cálmate... Te lo ruego... Ella le miraba, abría la boca; como alguien en plena asfixia.

El olor tenía que llegar al olfato de Harry, quien pareció comprender

algo, y se precipitó hacia el cuarto.

Pareció que el dintel de la puerta era una barrera. Y retrocedió hacia Monna. Sin decir una sola palabra, la agarró, tiró de ella, la obligó a salir de allí. Monna sollozando, aferrada a su esposo, le seguía dando traspiés...

—Monna... ¿todo esto es obra de Barry? Pero... ¿cómo es posible...?

—No sé... No sé...

Casi en volandas, bajaron al salón.

En un sillón, Monna quedó desmadrada, sin fuerzas, enrojecidos los ojos. Mientras, Harry le preparaba un *whisky*, que le obligó a tomar. El alcohol no mejoró las perspectivas de Monna, ni la hizo sentirse mejor; en absoluto. Aquellas horribles visiones danzaban en su cerebro como llamas en una hoguera.

Harry le decía cosas, trataba de calmarla a toda costa, pero Monna ni siquiera le oía. Se estremecía a cada instante, impregnada por el olor fétido de aquel cadáver...

—Mata... ¡Mata y trae los cadáveres a casa...! —chilló, histérica, por fin, Monna—. M-me... me estoy preguntando qué habrá hecho con el cuerpo de papá... ¡Lo colgó de la chimenea, Harry!

Harry la miraba como dudando de que Monna estuviera realmente en posesión de su capacidad mental.

De súbito, Monna se puso en pie, y tomó una mano de Harry, quien notó los dedos de ella muy helados, y agarrotados.

—Harry... vayamos al patio... Si Barry hizo lo que dijo, encontraremos huellas de una fosa; tierra blanda, escarbada... Ha debido enterrar a papá en el patio... Ven conmigo...

—Monna... todo esto es una locura; me aturde...

—Estás aquí, Harry, ayúdame...

—Sí, está bien... Jamás pensé encontrarme metido en esta situación, cuando tomé el avión en Chicago. Pero tienes razón... Eso sí: te ruego que te serenes. Todo será más fácil de solucionar si te tranquilizas. Compréndelo, querida.

—Es cierto... Sí, es cierto, pero vamos...

Tiraba de él; iban hacia el patio interior.

Monna encendió la luz de la cocina, que proporcionaría un recuadro de claridad, suficiente y discreto, para que desde alguna ventana de la manzana nadie pudiera ver lo que había allí, por más que las distancias eran suficientes, y los patios estaban a oscuras.

Tras encender la luz de la cocina, pasaron al patio. Monna seguía aferrada a Harry, y miró hacia el patio, con los ojos muy abiertos, buscando con la mirada, a ras de tierra, alguna señal.

La vio.

Harry tuvo que sujetarla, ya que Monna, con un gemido, quedaba en sus brazos, sin fuerzas. De haberla soltado, Monna habría caído al suelo, fulminada. Aquello, sin duda, era superior a sus fuerzas. Y perdió el

conocimiento.

Fue, sin embargo, un breve desvanecimiento. Cuando se recobró, parecía no haber ocurrido nada, no haber transcurrido el tiempo; parecía que todo seguía igual. Y de hecho era así, ya que Harry estaba aún sujetándola, y mirando hacia aquel rincón del patio, hacia donde ella dirigió la mirada, inevitablemente.

Allí estaban las dos cabezas.

La cabeza de mister Douglas Gilchrist, sucia de tierra, pero reconocible, estaba asomando, mientras que el resto del cuerpo permanecía enterrado. Todo enterrado, a excepción de la cabeza, que asomaba de un modo macabro, tétrico.

Pero no estaba solo.

Apenas a una yarda de distancia, estaba también la cabeza de mister Hitesman; aquella cabeza no muy grande, los ojos cerrados, color cerúleo, con tonos sombríos, dada la escasa luz... Allí estaban enterrados los dos cuerpos, asomando la cabeza.

Y arriba, Sheyla...

Sheyla, quizás, no hubiese tardado en pasar a formar parte de aquel semillero de cabezas...

La respiración de Monna era difícil. Harry estaba tan impresionado como ella, pero poseía más fuerza, mayor capacidad de reacción, al parecer. Sin despegar los labios arrastró a Monna, sacándola del patio para conducirla de nuevo al salón, donde Monna empezó a sollozar; un llanto que nada tenía de normal; era la histeria desatada. Un llanto en el que había alguna carcajada larga, estridente...

Harry, frente a ella, dijo, por fin:

—Monna, tenemos que irnos de aquí. Regresemos a casa. Esta misma noche. No... no quiero ver más horrores...

Monna pareció reaccionar.

—No, Harry, no podemos hacer eso... ¡No podemos abandonar a mi hermano...! ¿No lo entiendes? Esto es solo producto de su demencia... Quiero ayudarle, Harry, tienes que comprenderme... y tú tienes que ayudarme a mí... Tengo miedo, es verdad; siento terror a lo que pueda ocurrir... No obstante, Barry... Escucha: siempre fue un hombre equilibrado... Algo malo le ocurre...

—¿Pero qué podemos hacer nosotros, Monna? Todo esto es horrendo, monstruoso... ¿Qué podemos hacer nosotros, ni nadie, por un hombre que se ha trastornado hasta ese punto...?

—Tú y yo solo podemos hacer una cosa, Harry: ir en busca de Barry, agarrarle, y meterle en una clínica de recuperación mental... Desafiando lo que sea, pero debemos hacerlo... ¡Antes de que la policía intervenga, puesto que es de ilusos creer que todas estas muertes pasarán inadvertidas! Antes de que la policía caiga sobre Barry, debemos encontrarle nosotros... Hazlo por mí, Harry, te lo ruego... Quizás te exijo demasiado, pero...

CAPÍTULO 6

A

SÍ le gustaban las cosas a Cora Palmer: con discreción. Eran las ocho y media cuando salió de su pequeño apartamento, en la calle N. 5th., y solo tenía que caminar como media milla. No es que el paseo resultara muy agradable, dado que caía una llovizna fría en aquellos momentos, que hacía brillar las calles, y obligaba a la gente a ocultarse lo antes posible.

Cora iba con su abrigo, sus botas hasta la rodilla, su bolso... Pasar un poco de frío era una nimiedad; se le enrojecería la nariz, pero las cosas sin importancia se olvidan cuando una va en busca de algo que ha deseado durante mucho tiempo.

Cora había buscado, en su vida, toda clase de oportunidades; en honor a la verdad, hay que decir que se movió siempre en los límites más prudentes de lo decente y legal. No obstante... pesaban sus treinta y tantos años, y sería juzgarla con excesiva severidad por aquel desliz: por oír cosas y hablar por teléfono, iba a cobrar una sustanciosa cantidad. Nada menos que cinco mil dólares. Algo que representaba su sueldo de casi medio año, y que necesitaba para emprender un bonito viaje que le permitiría vivir un poco, y buscar nuevas oportunidades.

Cora se dirigía hacia Wright Park, en el que está enclavado el Conservatorio de Música.

Precisamente allí, detrás del Conservatorio, en un discreto rincón, en el que no habría un alma como testigo, tenía que recoger aquella cantidad que, insignificante para algunos, para ella significaba bastante, máxime teniendo en cuenta la facilidad con que la había ganado.

Caminaba con su paso rápido, femenino; era muy distinto verla de espaldas, a mirarla de frente. De espaldas, hasta parecía más joven... Cora había sufrido bastante por esa descompensación entre su rostro y el resto de su anatomía. Muchos seguidores, al verla de frente, habían huido... Sí, eso la hería; pero a todo acaba una por acostumbrarse. Y Cora estaba ya de

vuelta de esas situaciones.

Iba a por el dinero, y era todo.

Ni sabía quién lo depositaba, ni cuáles eran sus auténticas razones para aquel juego.

Solo sabía un número de teléfono, al que comunicar lo que oía. Y su misión había finalizado.

Estaba ya en el parque, solitario; las farolas encendidas permitían ver las finas gotas de lluvia; finas y heladas.

Cora se dirigió hacia el Conservatorio; hacia la parte de atrás, en el lado del estanque; allí, en un hueco, estaría un sobre con su dinero.

Se oía el rumor de la llovizna sobre las hojas de los árboles, y plantas; también sobre el estanque, que parecía desolado, con su surtidor central sin funcionar. A no tardar mucho, las aguas del estanque se helarían; solo cuando acabase de entrar el invierno. En este caso, el surtidor era nulo, por supuesto.

Quedaba a la vista la fachada trasera de la mole del Conservatorio, donde había alguna luz, pero era en la parte delantera, y en el lateral que daba a la entrada del parque. Allí detrás, la oscuridad, la soledad, eran totales; nadie, es lógico, pasea por un parque casi a las nueve de la noche, bajo una lluvia fría, casi helada.

El hueco en que estaba el sobre tenía como referencia el frontis del surtidor.

Y allá iba Cora, un poco nerviosa. Era mucho dinero por casi ningún trabajo. El hueco estaba allí; húmedo, con algunas hojas que el viento había arrastrado, empotrado allí. Hojas húmedas y frías. Cora introdujo la mano, y palpó; tendría que quitarse el guante.

Se irguió.

Y fue entonces cuando se materializó la sombra, a su espalda.

Sí produjo algún rumor, pisando hojas, pero la humedad de estas impidió que tal rumor fuese demasiado audible. Además, Cora estaba solo pendiente del dinero que iba a tener en su bolso antes de un minuto.

El ataque la pilló por sorpresa.

Fue una mordaza.

Notó un penetrante olor; un olor conocido, que no identificó de momento, pero a los pocos segundos se debatía en un marasmo; creía que luchaba con todas sus fuerzas, pero era solo una ilusión de su mente, que empezaba a adquirir una deformación, a perder el sentido de lo que la estaba rodeando.

El pañuelo empapado en cloroformo estaba fuertemente aplicado a su nariz y a su boca, y Cora empezaba a entrar en los efectos de la anestesia tan brutalmente aplicada. No; no se debatía. Eran solo espasmos de su instinto de conservación, que no encontraban eco en sus músculos, en sus nervios, ya que en vías de paralización.

Hasta que llegó el profundo sueño del cloroformo.

Quedó inerte, en brazos de la sombra.

Era un pequeño esfuerzo, en realidad; empujar a Cora hacia el borde del estanque. Una vez allí, dejarla caer al agua. Solo eso: un leve chapoteo; se formaron unas ondas concéntricas, y la fina y helada lluvia seguía cayendo; al final, unas burbujas, que incluso ya desaparecían...

Abajo, un cuerpo...

* * *

En el despacho de su casa, en Fircrest, Regents Boulevard, en las afueras de Tacoma, al sur, míster Lawrence, en su despacho, se devanaba los sesos en busca de soluciones. Además, estaba inquieto, por las desapariciones de Douglas Gilchrist, y de Hitesman. Quizás había alargado en exceso aquel plazo. ¿Por qué veinticuatro horas? ¿Por qué? Era conceder mucho margen a Gilchrist y Hitesman, si estos estaban involucrados en el recién descubierto lío, que costaba dos millones de dólares, y el desprestigio; sí... excesivo margen. En veinticuatro horas, cualquiera puede plantarse en Hong-Kong, o más lejos aún...

Y así estaba, lleno de dudas, cuando oyó la llamada en la puerta de su casa, pequeña, un poco descuidada, pero con comodidades más que suficientes para un solterón tan poco exigente como Paul Lawrence.

Se puso en pie, y fue a abrir.

Solo tuvo un instante de sorpresa al ver a Barry Gilchrist allí. Barry llegaba con el rostro blanco, casi rígido por el frío, y su mirada expresaba gran preocupación.

—Pase, Gilchrist; se va a helar ahí fuera.

Barry entró en la casa.

Su abrigo estaba empapado; sin decir palabra, se lo quitó, y lo colgó en una percha del vestíbulo.

—Venga —dijo Lawrence—. Estaremos más cómodos en el despacho. Se supone que le trae algo importante, Gilchrist. Y considero importante, en la actual situación noticias de su padre, y de Hitesman...

Sí, se estaba mejor en el despacho-salón. Era muy amplio, la estancia más amplia de la casa, donde estaba el hogar, con leños el rojo, y donde había una mullida alfombra, bastante sucia, y sillones de tapizado que requería renovación; pero resultaba un ambiente cálido y confortable.

—Siéntese, Gilchrist —dijo Lawrence—. ¿Toma algo?

—Whisky, por favor... —murmuró Barry.

—Yo me prepararé mi instantáneo descafeinado —dijo Lawrence—. No me sienta bien el alcohol. Espere dos minutos, Gilchrist.

Lawrence salió de aquella estancia, y Barry extrajo su paquete de cigarrillos. Aún en pie, fue a encender cerca del hogar, cerca del calor, donde fumaba, en espera del regreso de Lawrence. Barry reflexionaba sobre cómo enfocar la situación con Lawrence; tendría que decir algunas

verdades, aunque fuese a medias, y... también decir algunas mentiras. Pero Barry seguía obsesionado con su idea: esperar que fuesen a matar a Lawrence, o a él mismo, y así, de una vez, hallarse frente al hombre que constituía su máxima tortura; el hombre del teléfono, el hombre que dejó el cadáver de su padre colgado en la chimenea de la casa de Ruston Way.

Regresó Lawrence con su instantáneo, y el *whisky* para Barry.

Dejó la bandeja sobre la mesa del centro, y se sentó.

Barry le imitó, entonces, tomando su vaso de *whisky*, bebiendo un trago.

—¿Y bien, Gilchrist? —inquirió Lawrence.

—Lo siento, Lawrence, pero no hay noticias sobre mi padre ni sobre Hitesman —dijo Barry.

Lawrence arqueó una ceja gris.

—¿Entonces? —inquirió.

—Es... es algo que me tiene muy preocupado, Lawrence...

Aquel hombre miraba con mucha fijeza a Barry.

—¿Va a decirme de qué se trata? —inquirió, por fin.

—Sí... He pensado que a mi padre y a Hitesman ha podido ocurrirles algo...

—¿Por ejemplo? —inquirió Lawrence.

—No lo sé... Pero es muy extraña su desaparición...

—Yo empiezo a sospechar que han huido, Gilchrist, y que el plazo de veinticuatro horas de que hablé es excesivo. Tal vez de no haberse producido su llegada, yo estaría hablando con la policía en estos momentos. En realidad, creo que es lo único sensato que podemos hacer. Veamos. Usted, de una parte, cree que a su padre y a Hitesman ha podido ocurrirles algo. Yo pienso que han huido. De un modo o de otro, considero idónea la intervención policial. Por si les ha ocurrido algo, o por si han huido. Temo que por nosotros mismos no vamos a solucionar nada; no haríamos nada práctico.

—Sin embargo... considero precipitado llamar a la policía —murmuró Barry.

—Entiendo. Se produciría un escándalo, ¿no es así?

—Seguramente, Lawrence.

—Hay cosas que están por encima de cualquier escándalo, Gilchrist —dijo Lawrence—. Mire, es mejor que...

—Aguarde, aun quiero decirle algo. Especificaré el motivo de mi visita —acortó Barry.

Lawrence le miró a los ojos unos instantes. Luego, tomó su taza de instantáneo, y sorbió un poco. Sin soltar la taza, dijo:

—Adelante, Gilchrist. Estoy dispuesto a escucharle.

Barry bebió un poco más de *whisky*, y encendió un nuevo cigarrillo. Dijo, por fin:

—Lo que voy a decirle es consecuente a mi idea de que a mi padre y a

Hitesman les ha ocurrido algo. Bien...

—Al grano —dijo Lawrence.

—Sí... Allá va: temo que a usted y a mí nos ocurra... lo que sea; algo parecido a lo que ha determinado la desaparición de mi padre y de Hitesman. Alguien, a mi entender, nos está causando un serio perjuicio, y... Mire, Lawrence, mi idea es esta: usted y yo vamos a permanecer juntos. Si el personaje que intenta perjudicarnos se presenta, somos dos hombres...

—Gilchrist... habla como si temiera ser asesinado... —murmuró Lawrence—. ¿Y eso es lo que teme que haya ocurrido con su padre y Hitesman?

—Parecido.

Lawrence volvió a tomar un poco de su instantáneo descafeinado.

Reflexionaba.

—No sé... —murmuró, tras la pausa—. Yo sospecho más bien que han huido, al comprender que se ha descubierto el fraude. Yo ligo a ambos con ese fraude, Gilchrist, no con su muerte... Pero podría ser que usted estuviera en lo cierto, a pesar de que hay algo que no veo claro: ¿quién puede ser ese enemigo nuestro? Jamás he tenido yo un enemigo, Gilchrist.

—Tengo que confesarle que mis ideas son muy vagas, Lawrence, pero mi proposición sigue en pie: permanecer juntos.

—¿Quiere meterme el miedo en el cuerpo?

—No es eso...

—Usted sí tiene miedo, Gilchrist... Me doy cuenta ahora: su expresión de estos últimos días... Está demacrado, convulso... ¿Sabe? empiezo a sospechar que usted conoce del asunto más de lo que dice.

—No es así, se lo aseguro... Pero es verdad que tengo miedo.

Lawrence meneaba la cabeza.

Apuró su instantáneo.

—Puede que no sea mala idea eso de una relativa protección mutua —dijo—, pero casi lo considero perder el tiempo. Creo que sería más satisfactoria una protección policial.

—No se precipite. Mi padre y Hitesman, o uno de los dos, puede aparecer aún...

—Bien... En este caso, digamos que podemos ir llamando por teléfono, para ver si nos responden.

—No es mala idea, Lawrence.

Lawrence se puso en pie, y fue hacia el escritorio, que tenía abarrotado de objetos de arte antiguo, abundando entre ellos las miniaturas, y una piedra con caracteres raros grabados en ella; por lo visto, últimamente se había estado dedicando a descifrar aquella escritura, aquellos signos.

Tomó el teléfono, y marcó el número de Hitesman.

No obtuvo respuesta.

Miró a Barry, y marcó entonces el número de Douglas Gilchrist.

El mismo resultado.

Colgó, y miró su reloj de pulsera.

—Es bastante tarde, Gilchrist —dijo—. Además, si su padre se ha ido, ha sido acompañado por su esposa, por Sheyla. Lo siento, pero eso tiene más visos de huida que de... asesinatos, por ejemplo. En cuanto a Hitesman, no me defino aún. Pero tendré paciencia, y efectuaré nuevas llamadas. A las once de la noche, lo más tarde, si nadie ha respondido, avisaré a la policía. Es lo mejor, Gilchrist, entiéndalo; ellos sí nos brindarán una protección efectiva.

Barry respiró hondo.

Aquel imbécil iba a estropearlo todo, si llamaba a la policía.

No había salida...

En cuanto al asesino, no se presentaba; quizás les estaba viendo a ambos, y dudaba en atacar...

Podía rondar por allí...

El maldito... Si actuara, si Barry pudiera echarle las manos encima...

—¿De acuerdo, Gilchrist? —inquirió Lawrence.

Barry pensó que aún tenía margen para pensar; margen para que el asesino llegara e intentase algo...

Asintió con movimientos de cabeza, y murmuró:

—Está bien. Quizás sea lo mejor.

—¿Quiere otro *whisky*?

—No, déjelo, Lawrence...

Lawrence, entonces, se sentó; soltó un suspiro.

De súbito, se envaró, quedó rígido.

Una señal de dolor y alarma apareció, de pronto, en sus ojos. El dolor, especialmente, se notaba ya en el gesto contraído de aquel rostro, en las manos agarrotadas de Lawrence, que se dirigieron hacia el cuello, arañando incluso, estrujándolo, como si quisiera arrancar de su garganta algo que abrasaba, algo que le estaba matando...

Se puso en pie, pero encorvado, saltones los ojos, demudado el rostro, que pronto empezó a adquirir un tinte cianótico.

Barry, aturdido, mirando con incredulidad, ira, y miedo, a Lawrence, se había puesto en pie.

—¿Qué le sucede?! —casi gritó.

Lawrence abría la boca, pero solo brotó espuma.

Se tambaleó.

Cayó hacia atrás, quedando sentado, o tirado, en el sillón; las manos ya flojas, los ojos fijos, cristalinos, casi fuera de las órbitas.

Barry, desesperado, se abalanzó hacia él, y le sacudió.

—¡Lawrence, responda! ¿Qué le ocurre?! ¡Diga algo!

Le zarandeó, le sacudió, sí...

Tardó aún un minuto en darse cuenta de que estaba maltratando un cadáver; de que entre sus dedos agarrotados, fríos, solo tenía un muerto.

Lo soltó, con un respingo.

Tan lívido como el propio difunto, Barry, acosado, lleno de terror, miró en torno. No lo comprendía... ¡Allí no había entrado el asesino! ¡¿Cómo, entonces, había podido...?!

Su mente, de súbito, pareció chocar contra algo; contra un destello de luz, y se precipitó hacia la taza de instantáneo de Lawrence, para olisquear. La tomó, dejaba huellas, pero ni se enteraba, ni le concedía la menor importancia al hecho.

Sí, el olor... Él mismo había utilizado veneno, conociendo los vicios de Sheyla. Y el asesino de Lawrence se burlaba de él, de Barry, utilizando el mismo veneno empleado por él para asesinar a Sheyla, y causar el terrible accidente de su padre... ¡Era el mismo veneno...! Por tanto, era obvio que lo había depositado antes de que Lawrence llegara a su casa. Sin duda, en el tarro de instantáneo...

Maldito asesino; maldito...

Barry, sudoroso de pronto, tragando saliva, miró el cadáver.

¿Qué demonios hacía?

¿Qué?

Y ya solo quedaba él en el eslabón. Solo él...

Y si el cadáver de su padre lo habían dejado tranquilamente en su casa, lo mismo podían haber envenenado cualquier cosa... Pero tenía que descubrirlo. Tenía que correr a su casa, y...

Se le ocurrió una magnífica idea; sí era magnífica...

* * *

Iban bajo la lluvia, agarrados de la mano. Un taxi les había dejado en las cercanías, y se deslizaban con rapidez, chapoteando en algunos charcos, en dirección a la casa de Paul Lawrence. Harry Chesley notaba en su mano la rigidez, la fuerza histérica, de los dedos de Monna, que tiraba continuamente de él, guiándole.

Hasta que se detuvieron junto a un árbol de grueso tronco, a pocos pasos de la entrada de la casa, que tenía luz en el salón; luz que se filtraba por las rendijas de la persiana.

—Es ahí, Harry... —susurró Monna.

—Pues no parece que haya ocurrido nada, ni veo a Barry...

—Hay que comprobarlo. Y-yo... yo siempre le he visto dentro... Comete sus crímenes, y... Dios mío... Vamos, Harry. Si no ha sucedido nada aún, podremos impedirlo. Estaremos a la espera de la llegada de Barry... Vamos.

Pasaron inadvertidos; era lógico. Llegaron a la altura de la ventana del salón, donde había luz. Y por las rendijas, pudieron fisgar al interior. Harry parecía un poco más torpe, no veía nada; por su parte, Monna, tras medio minuto de intentar ver algo, soltó un grito, que sofocó llevándose las dos manos a la boca, y se volvió para hundir el rostro en el pecho de Harry.

—¿Qué sucede, Monna? No veo nada. No...

—Ya-ya... ya lo ha hecho... ¡Ya lo ha hecho —sollozó Monna—. He visto al señor Lawrence... en el sillón... ¡Está muerto...!

Harry soltó a Monna, y buscó otros ángulos para mirar. Y en efecto, descubrió al hombre estirado en el sofá, deslizándose con gran lentitud; acabaría en el suelo. Al hombre de rostro cianótico, ojos saltones, fijos, la boca torcida en una mueca de dolor y angustia...

Harry, por fin, se volvió hacia Monna, y rodeó los estremecidos hombros de su esposa con su brazo.

—Monna... regresamos a Chicago...

—¡No! ¡No puedo, Harry, no puedo...! Tenemos que encontrar a Barry... ¿Cómo se le ocurre pensar que no se descubrirán sus crímenes? Es imposible que pasen desapercibidos... ¡Imposible! Y antes de que la policía le detenga, tenemos que internarle... Con engaños, como sea; a la fuerza... Cuando algún doctor diagnostique su locura, las cosas cambiarán para él... Hemos llegado tarde... ¡Otra vez tarde...! —sollozó Monna.

—Cariño... ¡No tenemos idea qué puede estar haciendo ahora Barry, ni dónde —protestó Harry.

—Espera... Espera, Harry. Él sabe que yo estoy en casa; es decir, lo que cree... Cree que estoy en la bodega, y querrá saber algo de mí... ¡Va a casa! ¡Puede estar ya en casa! ¡Hay que ir, y...!

Ella le miró, aún lacrimosos los ojos.

—¿Qué...?

—Voy a intentar complacerte en lo que pueda, teniendo en cuenta las circunstancias; en especial, que Barry es tu hermano. Sin embargo, hay algo que no puedo permitir: que sigas viviendo esta pesadilla. Por lo tanto, acabo de decidir algo.

—Harry, amor mío, yo...

—Salgamos de aquí ahora.

Harry la abrazó, la rodeó por los hombros, y la sacó del recinto de aquella casa, donde quedaba un desolado cadáver tan solo. Una vez en el *boulevard*, caminaban bajo la lluvia, como si no fuesen a mojarse, como si no tuviera importancia el frío, ni nada, y aun pese a los tiritones de Monna.

—Harry... ¿Qué has pensado...? ¿Qué...?

—Voy a decírtelo. Yo, yo solo, iré a buscar a Barry, y hablaré con él. Pero... no quiero verte mezclada con más muertes, con... más olor a cadáver corrompido; no quiero volver a ver el pánico en tus ojos ni tu llanto... Monna, te amo, y tienes que obedecerme ahora... Intentaré hacer todo cuanto pueda por Barry. Te lo prometo, cariño.

—Harry, quisiera ir contigo... Barry puede ponerse violento, y yo le calmaría, y...

—¿Le calmarías? No seas ilusa, Monna. Creo que te dejó encerrada en la bodega... ¿O lo he soñado? —gruñó Harry.

Monna se mordió los labios.

Asintió con la cabeza.

—Tengo miedo, Harry... Quiero obedecerte, quiero abandonar el horror, pero...

—Tomaremos un taxi. Irás a un hotel discreto, y allí me aguardarás. ¿De acuerdo?

—Bien... Pero si la policía interviniera, y me buscaran al saber que estoy en Tacoma, y yo...

—Pues se me ocurre otra idea: utiliza un nombre supuesto para la descripción. Haz lo que quieras, Monna, pero tienes que apartarte de esto. Yo iré a ver a Barry, le buscaré y le haré entrar en razón, o le mandaré a un manicomio... pero aquí acaba para ti este asunto. Siento haberte dejado salir de Chicago; por lo menos, sin mí...

Monna inclinó la cabeza.

—Por lo menos, has venido, Harry... —suspiró—. No sé qué hubiera sido de mí, sin tu llegada...

—No quiero ni pensarlo —masculló, irritado, Harry—. Andando, entonces. Vas a tomar un taxi, y te alojas en algún hotel... El Puget Sound, por ejemplo, en Union Avenue... Y allí me esperas, sencillamente. Monna, voy a rogarte algo; no se te ocurra volver a meterte en esto. Todo es cuestión de la confianza que tengas en mí.

—Haré lo que me has dicho, Harry... Yo... yo no puedo más...

—No llores, Monna... Comprendo que todo ha sido horrible, pero tienes que hacer un esfuerzo...

Monna cerró los ojos; las lágrimas se desprendieron de sus párpados. Había llegado a Tacoma dispuesta a convertirse en el hada que con su varita mágica uniese de nuevo a la familia, y... todo había sido horror. Todo. Desde el primer momento...

—Ahí viene un taxi, Monna. Al Puget Sound, y espérame allí.

—¿Y tú...?

—Tomaré otro taxi.

—Bien... No tardes en darme noticias, Harry, te lo suplico.

—No te preocupes por nada.

Monna, entonces, rodeó el cuello de su esposo con ambos brazos y le besó, estrechándose contra él; necesitaba reconfortarse...

Harry casi la metió en el taxi, y ella, tras dar las señas al conductor, se despedía, agitando el brazo, hasta perder de vista a Harry, en el solitario boulevard.

* * *

Cuando Barry Gilchrist llegó a su casa, lo primero que hizo fue correr a la bodega. Tenía que decirle algo a Monna; esta debía colaborar con su silencio. Ya era cuestión de esperar un poco. El asesino caería en la trampa...

Fue hacia la bodega, y quedó paralizado, al ver la puerta abierta.

Encendió la luz, por mero mecanismo mental. Comprobó que Monna no se encontraba en la bodega. Lo más probable, por otra parte, era que hubiese huido de allí, y Barry Gilchrist pareció retorcerse, al pensar que podía haber ido a hablar con la policía. Aunque esto último no parecía muy lógico ya que de Monna haber huido para hablar con la policía, ya le estarían esperando allí.

Y no había nadie; estaba solo en la casa, a menos que... Sí, podía ser que Monna no hubiese tenido tiempo de salir; que él llegase en el instante justo para sorprenderla. Cabía muy bien que estuviera arriba, en su habitación.

Corrió hacia el vestíbulo, y salvó los peldaños hasta llegar al corredor. Se precipitó hacia el cuarto que había ocupado Monna a su llegada.

Vio la puerta abierta; y sin luz. Y a cierta distancia, se percibía el fétido olor.

Barry hizo más lentos sus pasos, con un gesto de asco en su boca.

Tenía que averiguar qué era aquello-

Su cuerpo sufrió una brusca sacudida. Bien... por fin aparecía el cadáver de Sheyla... Allí estaba, con la cara verdosa, con zonas ya rojizas, en descomposición... Allí estaba, con su rostro causando horror, tirada en aquel sillón, en el fondo del cuarto.

Barry salió de allí, se alejó.

Monna debía de haber visto aquel cadáver, y debió perder la serenidad; era casi seguro que había ido a hablar con la policía.

¿Entonces? ¿Huir?

Era como acusarse de todos aquellos crímenes... Y no era todo.

Su idea ya no le parecía tan buena, a causa de la fuga de Monna. Su idea había sido la de llegar a su casa, tenderse en el suelo tras fingirse muerto... Sí, claro: algo habría envenenado el asesino en aquella casa, el *whisky*, quizás. Fingiría haber bebido, y estar muerto; el asesino iba a por sus víctimas, y él, entonces, habría podido atraparle. Pero la ausencia de Monna derrumbaba su idea, y aun complicaba más las cosas.

Barry Gilchrist, hundido, retrocedió. Volvió al salón. Miró el mueble-bar. Por allí debía de haber veneno, sin duda... Quizá fuese mejor acabar de una vez... Se llenaría un vaso de *whisky*, y acabaría de una vez, porque debía estar envenenado... Sí, acabar... Era demasiado angustia ya...

Se sentía hundido, derrotado, al límite de sus fuerzas...

Pero aún algo se rebelaba en él. ¿Acaso no había medio de hallar al asesino?

Por lo pronto, en el salón, en pie junto al mueble-bar, no se decidía a servirse *whisky*, ni ninguna otra bebida; podía estar todo emponzoñado.

Tal vez no corría riesgo alguno, y el asesino le proporcionaba otra noche de vida, de angustia...

Fue a sentarse en un sillón, y saltaba del asiento unos segundos más

tarde, al oír la llamada en la puerta de la casa.

Miró hacia la puerta.

Vaciló. ¿Abrir? ¿Huir por el patio?

Podía ser Monna...

Fue, por fin, a abrir. Y se llevó una tremenda sorpresa, al ver en el umbral a Harry, que le sonreía levemente; un Harry empapado, con las manos en los bolsillos, pálido a causa de: frío...

—Harry... ¿Qué haces aquí...? —susurró.

—¡Bonito recibimiento! ¿Se puede pasar o no?

—S-sí... Sí, claro...

Harry entró, sacudiéndose, soltando resoplidos. Miró a Barry, que acababa de cerrar la puerta. Arqueó una ceja, al ver aquella palidez, la inmovilidad de Barry.

—¿Qué te sorprende tanto? —inquirió—. Tengo una esposa aquí, ¿no es así? Cerré unos asuntos en Chicago, y me dije que este era mi puesto. Pero parece que no soy muy bien recibido...

—Harry... ¡tú también...! ¡Tú también aquí! —masculló Barry.

—Pues sí, ya ves... Siéntate. Lo sé todo.

Gilchrist pareció recibir un puñetazo.

Se humedeció los labios.

—No... no sé a qué te refieres, Harry... —susurró.

Harry le miraba con grave expresión. Una mirada un tanto larga, intensa; una mirada que parecía aturdir a Gilchrist. Por fin, Harry Chesley dijo:

—Te mostraré, entonces, qué es lo que sé, Barry. Ven conmigo al patio.

—¿Al?

—Al patio. Lo descubrimos Monna y yo. Y... más cosas. Te diré todo lo que Monna y yo sabemos de ti, y luego, si nos comportamos como seres civilizados, pensantes, podremos buscar una solución. Pero no quiero que tengas las menor duda. Ven. Vamos, sígueme. Camina hacia el patio.

Barry parecía moverse por automatismo.

Iba delante. Harry detrás de él, silencioso.

Los pasos de ambos resonaban en el pasillo. Al fondo, la luz de la cocina les serviría, para no alumbrar en exceso el macabro patio. Y unos segundos más tarde, Barry Gilchrist, con bolsas bajo los ojos, resaltando mucho las pecas de su rostro como el yeso, veía asomar aquellas dos cabezas; extrañas plantas, de más raras simientes... Dos simples cabezas, mientras el resto del cuerpo estaba enterrado.

—Pero... pero... ¿Quién ha hecho esto? ¿Quién? —estalló Barry, convulso.

Harry Chesley le miró de un modo raro; como si sintiera conmiseración.

—Veo que te impresiona mucho ahora, después de haberlo hecho, Barry —dijo—. Aún hay más. Arriba, en el cuarto de Monna...

—¡Sé lo que hay arriba! Monna no estaba en la bodega, subí, y... Harry, tienes que creerme... Tienes que...

—Una cosa es que convenzas a Monna, y otra muy distinta que logres convencerme a mí, Barry. Sin embargo, he prometido a Monna que te ayudaría, y vayamos a eso. ¿De acuerdo? Regresemos al salón. Recuerda lo que te he dicho: vamos a comportarnos como seres pensantes.

En aquellos momentos, Barry era cualquier cosa, cualquier triste pingajo, antes que un ser pensante. Era una mente oscurecida, obtusa, incapaz de comprender nada, de ordenar un pensamiento lógico, de analizar sus confusas ideas.

Fue al salón, con Harry, quien lo primero que hizo fue dirigirse al mueble-bar, y escanciar *whisky* en dos vasos. Tendió uno a Barry. Este, que parecía estar sumido en un marasmo extraño, reaccionó de súbito de un modo brusco, asestando un manotazo al vaso que le tendía Harry, derribándolo, derramando el líquido, rompiendo el vaso. Y gritó:

—¡No se te ocurra beber nada! ¡Puede estar todo envenenado!

Harry esbozó una sonrisa.

—A mí no vas a impresionarme con nada de eso, Barry —dijo.

Y bebió.

Paladeó el *whisky*.

—Te he advertido, cretino... ¡Puedes morir antes de cinco minutos! —estalló Barry.

—No lo creo. Este *whisky* es bastante bueno...

—Pero...

—Tú eres el envenenador, y el asesino, Barry; tú. ¿O no es cierto que eso es lo que hiciste con Sheyla y con tu propio padre?

—Lo de mi padre fue accidental...

—Tal vez. Hace solo media hora, Monna y yo hemos visto el cadáver de Lawrence... Quisimos impedirlo, pero... Eres un decidido asesino, Barry. Eres un diabólico asesino... En verdad, iniciaste las prácticas hace ya algunos años. No necesito hacer memoria para decir que son seis años exactamente... Tal vez lo que estoy diciendo te refresque esa memoria que pareces tener tan embotada.

Barry Gilchrist parecía tan muerto como aquellos cadáveres cuya cabeza asomaba en el patio; no obstante, parecía que algo le impulsaba a levantarse.

—Sigue sentado —dijo, secamente, Harry Chesley—. ¿Recuerdas ya algo? Hace seis años... Haz memoria... Hace seis años... En Sudán... En el Alto Nilo... ¡HAZ MEMORIA, PERRO, HAZ MEMORIA! —masculló Harry.

Había cambiado la voz de Harry Chesley.

Y su gesto.

Parecía diez años más viejo en aquellos momentos.

Pero más que la voz, más que la actitud extraña de Harry Chesley eran

sus ojos lo que habían alterado a Barry, que parecía encontrarse frente a un fantasma. Lo peor era que el fantasma era tangible, lo tenía ante él... Un negro fantasma amenazador...

Sí, eran los ojos de Chesley; aquel gris turbio, aquel blanco enrojecido en aquellos momentos...

—Vas recordando, ¿verdad? —susurró Chesley—. Yo también recuerdo. ¡Cuántas y cuántas noches...! Tu voz resonando en mis oídos: “¡Magnífico!”... No había salida para mí... ¡Magnífico! Y tu risa... Tu risa, que me enloquecía, que tardé meses y meses en dejar de oírla... Tu risa, para que lo sepas, se me contagió. Y yo, loco, reía y reía...

—Howard... Howard Lancelot... —susurró Barry.

—Tu querido amigo, ¿verdad? ¡Qué bien que no hubiera salida en la gruta! ¡Qué maravilloso, poder deshacerte de mi tan limpiamente! Pues, es obvio, me equivoqué: Había una salida. Pero me costó mucho encontrarla... Y no me mires así; esta no es mi cara. No es la que tú conocías... Cuando yo salí de aquel infierno, estaba desfigurado... Completamente desfigurado. ¿Sabes por qué? MIS UÑAS... LA DESESPERACIÓN. QUERÍA ARRANCARME LA VIDA A ARAÑAZOS; COMO FUESE... Quería destrozarme, matarme, me pegaba contra aquellas paredes que parecían roca viva... Dejé piel, sangre, años de vida, en aquella gruta, antes de que una roca cediera...

Se percibía el jadeo de aquel hombre, de Howard Lancelot.

Sus ojos... Aquellos ojos grises, turbios, dementes, eran lo que tenía obsesionado a Barry Gilchrist.

—Nunca creíste que llegaría este momento, ¿verdad? Pudo llegar antes, Barry, cuando llegué a Tacoma, en pos de ti. Pero reflexioné, y decidí extender mi venganza a todos... Además, una productiva venganza. Mucho, ¿no es cierto, Barry? Creí que no llegaría el momento en que esos idiotas, empezando por tu padre, descubriesen la verdad...

—Howard... ya... ya es suficiente...

—¿Suficiente, dices? ¿Te has vuelto loco? No... No, no. Ni lo sueñes. Yo; yo diré cuándo es suficiente... Yo, Barry Gilchrist, perro. ¿Sabes que estás en mis manos?

—Y has ido matando... ¿No te bastó vengarte de mí? ¡Y llegaste a casarte con Monna!

—Otra víctima. ¡Todos! Nunca adivinarías quién me curó de la locura, quién me devolvió mi personalidad, Barry... Es difícil de imaginar, ¡tan difícil...! Claro está, recobré la personalidad, pero tenía cara de monstruo, así que lo primero que hice al llegar a la civilización fue practicar en mi rostro una intervención de cirugía plástica. Y... no me interesaba el rostro que había tenido durante treinta años; quería otro... Pero te decía que no imaginas quién me curó la locura.

Barry tragó saliva.

Sí... también él, en aquellos momentos, recordaba su propia risa, su

feroz satisfacción al provocar el alud...

—¿Pregunta quién! —estalló Howard Lancelot.

—Bien... ¿Qui-quién...?

—Eso es: fue un mago negro. El ser más horrible que puedas imaginar... Una bestia negra, con tan extraños poderes, que logró curarme. Confieso que por más que he querido analizar, y penetrar en ciertos secretos del África Negra, he tenido que darme por vencido siempre... Pero ya es lo de menos; me curó, yo salí de allí... Y ahora, tras seis años de tus carcajadas, de tu alud, he venido a por ti... Tú eres la última víctima... Es decir... En fin, ya no te importa nada, Barry. Nada. Vas a morir. Simplemente, vas a morir...

CAPÍTULO 7

M

IENTRAS subía de tres en tres los peldaños de la escalera, Barry Gilchrist emitía unas risas histéricas, entre resuellos, jadeos... Solo tenía que llegar a su habitación, ir a la cómoda, tomar la pistola, y acabar con todo aquello de una maldita vez.

Cierto que estaba muy aturdido, porque jamás esperó ver ante él a Howard Lancelot... Y este, en definitiva, había sido el hombre misterioso que había hundido una posición, una familia, que había asesinado. Por venganza...

Barry no quería analizar, no le interesaba, si tal venganza era o no justificada.

Solo sabía que tenía a mano una pistola; en su cuarto. Ni siquiera necesitó encender la luz.

No reparaba, por otra parte, en que por lo visto Howard no tenía prisa alguna en seguirle. Le daba todas las ventajas... Pues si no murió enterrado vivo, iba a morir lastrado por el plomo de aquella pistola, y...

¡Qué olor más nauseabundo...!

Mientras registraba la cómoda, sin encontrar la pistola, Barry Gilchrist, tan aturdido estaba, tan concentrado en sí mismo, en sus enormes posibilidades de salvación, que ni siquiera había reparado antes en el fétido olor de cadáver en plena descomposición.

Cuando lo percibió, cuando golpeó en su mente la ausencia de la pistola, miró en torno.

Eran claroscuros, sí, pero suficientes... La claridad de aquel ambiente, siniestro de pronto, aterrador, era suficiente, sí.

Porque el cadáver de Sheyla estaba allí, en su cuarto; en un sillón, despidiendo el fétido olor, con aquel rostro horrible; aquellos globos blancos que tenía por ojos, las pupilas vueltas... ¡Era una horrible visión...! ¡iba a tirar el cadáver por la ventana de una vez, y...!

¿PERO CÓMO HABÍA LLEGADO ALLÍ AQUEL CADÁVER?

Oyó, entonces, una voz; tranquila, pastosa, bien modulada:

—¿Buscas la pistola que tengo yo en la mano, “hijo”?

Barry no pudo evitar el grito.

Histeria pura.

El más intenso pánico le acometió de pronto.

La comprensión parecía llegar a sacudidas a su cerebro; las mismas sacudidas que experimentaba su cuerpo. Veía, entonces, a Sheyla ponerse en pie; el cadáver en descomposición en pie, con aquellos horrendos ojos blancos, y, en efecto, la pistola en su mano derecha. La esbelta y bien formada Sheyla, con su mata de cabello muy desgreñada, con el tono verdoso y zonas rojizas en su rostro, que era bello, o había sido bello...

Barry, temblando, empezó a creer que los muertos resucitan. Primero, Howard Lancelot. Ahora, Sheyla Blossom, viuda de Douglas Gilchrist.

¡Estaban vivos, los malditos! ¡Vivos...!

En su torpeza, en su pasmo, quiso retroceder, pero su espalda chocó contra un cuerpo.

Gritó.

Se encendió, de pronto, la luz del cuarto, y allí estaba Howard Lancelot, que había subido sin prisas, con un rostro aparentemente calmoso; había encendido la luz, y decía:

—Bien, Sheyla. Trae la pistola. Yo me ocuparé de Barry. Tú ya sabes lo que tienes qué hacer. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna, Howard. La única es... si todo acabará bien —musitó Sheyla.

—Por supuesto. Puedes irte. Oh... deberías quitarte todo ese maquillaje, Sheyla... Por lo menos, lo más repugnante. Y otra cosa: perfúmate a conciencia, para que desaparezca ese olor que desprendes, las combinaciones sulfurosas, en verdad, son fétidas, ¿no, querido Barry?

Sheyla caminaba; entregaba la pistola a Howard Lancelot.

—Estaré lista en diez minutos; un baño en perfume solucionará la situación de emergencia. Y dentro de media hora, o poco más, estoy aquí de nuevo, Howard —dijo Sheyla.

—De acuerdo. Ve, entonces. Atención.

—No creo que las cosas, de salir mal, sea por mi culpa, Howard.

—Ya no podemos fracasar... Y tengo prisa... Llevamos así más de un año... Los minutos, ahora, empiezan a pesar como siglos... Date prisa, Sheyla.

Y ella se iba.

Con su esbelta figura erguida, con su fétido olor a descomposición, con sus ojos en blanco...

Barry estaba encorvado, y vencía el cuerpo hacia la izquierda; desencajada la faz, rojos los ojos, sin comprender nada; el terror era como un espeso velo que cubría toda su masa encefálica. No podía pensar. Solo

sentirse oyó la voz de Howard Lancelot:

—Como ves, Barry, Sheyla y yo somos buenos amigos. Ni siquiera te ha sorprendido. Pero, claro, esto es demasiado para cualquiera, ¿no? Pues aún queda lo peor, para ti, se entiende. Sin precipitaciones, iremos haciendo las cosas. ¿Te parece bien?

* * *

Monna seguía esperando en su habitación del hotel.

De pronto alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —inquirió, inquieta.

Le respondió una voz ronca y rápida:

—Abre, corre, soy Barry. Me envía Harry...

Contuvo un grito, y abrió la puerta.

Dos segundos más tarde, Monna se sentía rodeada, atrapada. Notaba que un gran pañuelo rodeaba su cuello, su mentón, la boca; no podía gritar, solo respirar por la nariz, y era atraída hacia el interior del cuarto, mientras que recordaba apenas la imagen de quien había entrado en la habitación; un hombre raro, con gafas oscuras, sombrero muy calado. Un tipo que la tenía dominada, amordazada... Que la había sentado en un sillón, y estaba a espaldas de ella, atándole el pañuelo, y retorciéndole luego un brazo.

Notaba, en su piel, un contacto frío y fino.

Aquel hombre olía demasiado a perfume...

No podía hablar; no podía...

Y cualquier sonido hubiese muerto en su garganta cuando aquella figura se colocó ante ella. Lo primero, fue quitarse las gafas oscuras, y aparecieron aquellos terribles ojos, los globos blanquecinos, hinchados, saltones... La faz de la muerta... de Sheyla...

Sheyla se quitó también el sombrero, y su mata de negro cabello se desparramó, haciendo más intenso el olor a perfume, con el que contrarrestaba la fetidez de la combinación sulfurosa.

—Veo a través de estos globos, Monna. Y me he divertido bastante. Pero las cosas ahora son serias. He venido a sugerirte algo: suicídate. Toda tu familia ha caído en un gran desprestigio; estás desesperada... Todo han sido fraudes y asesinatos. Eres hermana de un asesino tan monstruoso, que no deseas seguir viviendo. DEBES SUICIDARTE. Esa ventana es magnífica. Sirve perfectamente.

El cerebro de Monna se negaba a admitir aquello; parecía que su "córtex" era impermeable, en aquellos instantes; que sería incapaz de entender ni pensar algo. Solo miraba, hierática, asfixiándose, a Sheyla. ¡Sheyla, allí, viva...!

—¿No te decides? —masculló Sheyla—. Voy a decirte más: estás también desesperada porque tu esposo, Harry Chesley, no es tal. Harry Chesley existe solo desde hace año y medio. Ese hombre se casó contigo

porque así le convenía para su venganza. Es obvio que no te ama; por el contrario, te odia... Me dijo que te transmitiera su pesar por no ser él quien te arroje por la ventana... ¡Qué ojos más grandes se te están poniendo, querida...! ¿No me crees?

Monna ni se movía; solo sacudía la cabeza. Tenía una mano muy dolorida, pero la otra libre, pero la sentía como de madera, inútil, incapaz de un movimiento articulado.

—¿No me crees? —insistió Sheyla—. Pues es la verdad. Se llama Howard, y te haré una breve presentación de él. Es un terrible asesino... Pero su caso es justificado, créeme.

De súbito, Monna se llevó la mano libre de dolor al pañuelo, y se lo arrancó, pero Sheyla ya estaba sobre ella, inmovilizándola. Sheyla tenía en la diestra unas pequeñas tijeras, que apoyaba en la sien de Monna.

—Cuidado, Monna, querida... —susurró—. No te dejaré gritar. Estoy aquí por algo muy concreto, y voy a finalizar mi misión...

—T-tú... tú estás muerta... E-estás...

—No, no. Pellízcate, y verás cómo estás en la realidad; no es un sueño, no es una pesadilla, para desgracia tuya. Por supuesto que estoy viva, y, además, te contaré, sin entrar en detalles, que Barry no es más que un desdichado; ni siquiera supo hacer las cosas bien para matarme. Y FUI YO QUIEN APROVECHÓ LAS CIRCUNSTANCIAS PARA ASESINAR A DOUGLAS... A mi amadísimo esposo, a tu padre... El veneno que Barry utilizaba para mí, fue ingerido por tu padre. Yo me puse los globos, compuse la expresión de quien ha muerto en la más espantosa agonía, y...

—Entonces, Barry dice la verdad... No ha matado... No ha...

—No. El infeliz llegaba siempre a la vista de los cadáveres. Y tú detrás de él, llena de horror, complicándole la vida, volviéndole loco con tu histeria, tus acusaciones; le reducías a una mente llena de humo, incapacitada...

—Sheyla... Sheyla, es mentira... Es...

—A Hitesman le mató Howard... Perdón, no acabé de presentarte a tu esposo, cuyo auténtico nombre es Howard Lancelot... Decía que a Hitesman le mató Howard, después de llamarte a ti por teléfono, para que corrieras a ver el crimen... es decir, para que corrieras a ver a Barry en el escenario del crimen, una vez cometido este. Y que Barry anduviera como un angustiado fantasma, contigo como lastre...

Destacaba, en la claridad del cuarto, el rostro palidísimo de Monna, que ya no podía evitar las convulsiones que, por otra parte, resultaban peligrosas, dada la proximidad de las finas puntas de aquellas tijeras.

—Barry es inocente... Barry es... —empezó Monna.

—Inocente, sí. De todo. Yo maté a vuestro padre. Howard mató a Hitesman, y a Lawrence... con restos del veneno que Barry quiso emplear contra mí. ¿No es fantástico? Y Howard, a tu lado, viendo el crimen, preparando el tuyo, enviándote aquí...

—¡Mentira...! ¡Es...!

—Cuidado... No grites... —casi silbó Sheyla—. No grites, o por esa ventana caerá un cadáver... Todo es verdad. ¿Por qué crees que vale la pena que yo mienta en estos momentos? Luego, puesto que yo tenía una copia de la llave de la casa de Ruston Way, todo era sencillísimo: trasladar allí los cadáveres... ¿Has visto las cabezas de Douglas y de Hitesman? Howard fue, por cierto, quien colgó a tu padre por los pies, de la chimenea... y quién le soltó luego, para desaparecer... Y yo estuve en la casa todo el día, oculta, mientras tú estabas en la bodega, chillando, llena de terror, de angustia...

—Monstruos... Sois unos monstruos... Y no es verdad que Harry sea... que sea... ¡Me ama! Él me...

—Por favor, querida. Te ha soportado un año por interés propio. Tú eras una buena tapadera, un escudo... ¿Has llegado a conocer las actividades de Howard?

—Es viajante de comercio, y...

—Hija, por favor, no seas tan ciega, tan ingenua... Howard no realizaba otros viajes que los que le interesaban... y por cuenta propia, además. Es claro que para que lo comprendas todo, debería alargar mucho esta conversación, y ello no es posible... Howard me espera, para huir... Ya consideramos saldada la deuda... Tenemos vuestras cabezas, y dos millones de dólares... Hasta la infeliz de Cora Palmer ha pagado. Cora aceptó un trabajo de espionaje en el interior del Museo... y le ha costado la vida; dentro de dos días, será un témpano de hielo en el estanque del Parque Wright. Yo lo hice, mientras tú y Howard corríais a ver al atribulado, martirizado, Barry, frente al cadáver de Lawrence.

—Sheyla... ¿Por qué todo esto...?

—Venganza, Monna. Justa venganza.

—¿Contra mi padre, contra mí?

—Contra Barry. Contra todos vosotros. Para arruinar a Barry, había que arruinar el negocio, la sociedad, y haceros desaparecer a todos. Howard ha hecho muy bien las cosas... Te explicaré: desaparecidos los socios, Lawrence, Hitesman, y tu padre, Barry queda como único superviviente...

—Pero si le mata, el cadáver...

—No entiendes. Los cadáveres de tu padre, de Hitesman, y de Lawrence, así como el tuyo, sí quedarán visibles, pero no así el de Barry. Ni el mío. La policía creará que todo ha sido obra de Barry... y que tú te has suicidado, ante tanto horror... Buscarán a Barry, pero en vano. No le encontrarán, porque... estará enterrado... VIVO. Es la venganza de Howard: ENTERRARLE VIVO. Quizás ya estén cavando la fosa...

—Sheyla, estás loca... ¿Cómo quieres que crea una palabra de eso...? ¿Cómo...?

—Siento que no podrás escuchar otro testigo; solo oirás mis palabras, mi testimonio... Hace seis años, Barry Gilchrist, tu hermano, enterró con vida a Howard; le sepultó bajo toneladas de piedra y tierra, en una gruta

que exploraban, en Sudán, en el Alto Nilo, cuando tu hermano no se resignaba a ser un segundón, viviendo de tu padre... ¿Recuerdas la vida y los viajes de Barry?

—Tenía derecho a intentar ser alguien por sí mismo...

—En efecto; como todo el mundo. Pero no a costa del trabajo, de los sacrificios... y de la vida, de los demás. Eso fue lo que hizo Barry. Descubrieron un importante yacimiento arqueológico, y una gruta... Howard iba con él. Howard era el alma del equipo. Howard fue sepultado, y tu hermano regresó como triunfador... Pero, es obvio, Howard logró salvarse, y fue curado por un hechicero negro...

—¿Curado...? —susurró Monna.

—¡De locura! —casi chilló Sheyla—. ¿Qué crees que puede ocurrir con un hombre sepultado sin remisión, o que así lo cree? ¡Y vivo! Viendo que el aire se agota, que va a morir... Monna: la cara de Harry, la que tú conoces, no es la auténtica... Se la desfiguró a arañazos, en su desesperación, queriendo morir, golpeándose contra las rocas...

—Dios mío... —gimió Monna, presa del más hondo horror.

—Barry, ahora, es inocente, Monna. Lo es, sí. Pero antes fue el peor de los canallas, el peor monstruo... Su risa cuando provocó el alud que enterraba a Howard...

—Pero... ¿te lo estás inventando todo! ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo es...?

—Me lo confió Howard, cuando ambos estuvimos seguros de amarnos. Nos conocimos en Nueva York. Me lo explicó todo; estaba obsesionado con su venganza, pero, además, podía reportar dinero para ambos, para vivir felices... Me expuso sus planes, y yo acepté. Porque yo también le amo. Más que tú, estúpida... ¿Qué sabes tú de la vida? Tú has amado al primer hombre que ha pasado por tu vida, y te has ido con él... Yo tengo más experiencia, y supe que Howard era el hombre de mi vida. Y no me importó dejarlo todo por él... Por eso dejé Nueva York, para secundarle. Dejé mi empleo en el Museo de Historia Natural de Nueva York, con buenas referencias, por lo que no me resultó difícil colocarme en el negocio de tu padre, y arrastrarle hacia mí, convertirle en un muñeco mío... Hasta que llegó el momento en que debía casarme con él... ¡pero no permití que me tocara! Nuestras disputas, nuestro alejamiento... Todo había de poner nervioso a Barry, y a tu padre... ¡Hundirles!

—Podíais haberos vengado solo de Barry...

—Sí. Pero para obtener el dinero os necesitábamos a todos...

—Pero, el dinero... ¿Cómo...?

—Fácil. Los viajes de Howard, querida ingenua... Los viajes de Howard, sí: para recoger las mercancías auténticas, y mandar las falsificaciones... Luego, Howard realizaba subastas, muy lejos... Donde nadie sabía una palabra... ¡Esos eran sus viajes! ¡Sustituir la mercancía auténtica por la falsa, y subastar la primera, a elevados precios! Tenemos mucho dinero ya; mucho... Es suficiente. Y había que eliminar ya, sin

remisión, puesto que los socios de tu padre, y este mismo, se daban cuenta de que había fraude... Peligro, entonces. ¿Lo comprendes? Solo quedaba matar... Matar a todos, para que Barry, a quién obligábamos mediante chantaje a facilitarnos los datos, quedase como culpable. Para que desaparezca, y la policía le busque inútilmente.

—Barry se sometía a vuestro chantaje... —susurró Monna.

—Al mío. Yo daba la cara. Y tenía que obedecer...

—Comprendo su odio, entonces...

—¿Y su miedo, y su ira?

—Sheyla... escucha...

—Nada tienes que decir, Monna...

Tiró de ella.

Monna, sin fuerzas, casi sin voluntad, se puso en pie.

Una mano la guiaba.

Ella, sin voluntad, obedecía.

—Abre.

Abrió.

Penetró un chorro de aire frío, gotitas de helada lluvia.

Quizás fuese aquello lo que hizo, reaccionar a Monna; aquel soplo helado en el rostro, que se le antojó el principio de la muerte; de la desoladora y terrible muerte...

Quizás fue también el súbito terror ante la idea de morir aplastada, abajo; pudo ser el instinto de conservación...

CAPÍTULO 8

L

O cierto es que Monna nunca se hubiese considerado capaz de una reacción como aquella. Fue un vivo movimiento, al principio, que tuvo como resultado el evitar, alejarse de la amenaza de la punta de las tijeras. A continuación, lanzó un penetrante grito.

Había terror, desesperación, histeria, en aquel grito...

Sheyla, llena de ira, de miedo también, ante la posibilidad, la seguridad puede decirse, de que acudiera gente al oír el grito, se precipitó contra Monna, tijeras en ristre, horrible con aquellos globos blancos que disimulaban sus ojos, dispuesta a destrozarla como fuese...

Si aquella parte del plan salía mal les bastaba huir... Pero Monna había oído demasiado; tenía que matarla...

Y las tijeras, mientras Monna gritaba, despavorida, iban en busca de su cuerpo, de su garganta.

No es que Monna se sintiera con fuerzas, pero fueron unos destellos mentales, unos reflejos, lo que hicieron de puente entre Monna y el marco de la ventana, por la cual, una Sheyla enloquecida, lanzada a un furibundo ataque, desapareció.

Monna se había arrodillado, vio el cuerpo de Sheyla casi encima suyo, y se irguió entonces; simples reflejos, sí...

Y Monna, agrandadas las pupilas, temblorosa, oía el aullido que se iba perdiendo en el vacío...

Ella, con su espalda, había hecho pasar a Sheyla por el marco de la ventana, que atravesó limpiamente, y...

Cesó el grito, y se produjo el choque del cuerpo de Sheyla contra el húmedo y brillante piso de la acera, frente a la entrada del hotel, mientras que ya se oía mucho movimiento, carreras, exclamaciones; abajo, en la calle, pese a la lluvia, aparecía gente. Se oía el silbato de un policía, que corría hacia allí, aparecían más agentes...

Monna, desde arriba, petrificada, incapaz siquiera de ir a abrir la puerta de su cuarto, que estaban aporreando, mientras la llamaban, miraba por la ventana.

Allí estaba el cuerpo; lo veía bien, pese a estar rodeado de personas, de policías... Veía la suelta mata de cabello; un globo seguía en el ojo derecho; el otro había rodado, y alguien lo había pisoteado, destrozándolo.

Se oían exclamaciones:

—¡Pero si es una mujer...!

—¡Esos ojos son postizos...! ¡Qué horror...!

—¡Vamos, aléjense, por favor! —era la policía.

—¡Arriba hay una mujer mirando! ¡Quizás la ha arrojado ella!

—¡Aléjense, por favor...!

Monna se retiró con presteza de la ventana. Podían creer que ella la había arrojado, sí... Subirían, y... Seguían llamando a la puerta, pero Monna, desesperada, con otras ideas en la cabeza, con imágenes de horror y muerte en su cerebro, corrió hacia el teléfono. Solo tenía que marcar un número, y hablar inmediatamente con la policía.

Ya comunicaban; le respondían...

La voz de Monna temblaba, se excitaba...

* * *

El rostro de Monna estaba demudado. Apenas podía contener el temblor de su cuerpo; era un esfuerzo sobrehumano el que estaba realizando en aquellos momentos. Había entrado en la casa, y por el corredor se dirigía hacia el patio, solo alumbrado de modo mortecino por la luz de la cocina.

Los pasos de Monna eran ya audibles, y el hombre que estaba en el patio se volvió. Había una siniestra sonrisa en su cara sudorosa; su mirada parecía no distinguir aún. Iba a decir algo, pero su boca se deformó, cuando ya no había duda: era Monna la mujer que estaba allí, ante él.

Monna, que evitaba mirar aquellas dos cabezas que asomaban...

Monna, que miraba con fijeza hipnótica a aquel hombre.

—Querida... ¿qué haces aquí? Te dije que me esperases en el hotel...

La voz de aquel hombre sonaba muy ronca, forzada, extraña.

Estaba muy pálido, en tensión; una tensión, perceptible en todo su cuerpo, en su rostro.

Monna sentía tremendos deseos de estallar en sollozos; era una necesidad, en realidad. No obstante, sus pupilas dilatadas seguían mirando el rostro de aquel hombre, reviviendo retazos del último año, sufriendo, retorciéndose, en la más profunda angustia.

—¿Y bien? —insistió Howard Lancelot, dando un paso hacia ella.

Monna abrió la boca; articuló unas palabras.

—¿Me... me esperabas a mí, Harry...? —susurró.

—No. A Barry. No ha llegado.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. ¿Qué te ocurre, cariño? Está bien, comprendo que no pudieras estar a solas en el hotel, con la incertidumbre de...

—No estuve sola, Harry...

—¿No? No comprendo.

—Tuve una visita.

—¿Una...?

—Sí, una mujer.

—Bien, Monna, ¿a qué viene tanto misterio?

Monna, aterrada, veía hincharse las venas de aquel hombre, en el cuello; le veía sudar; gruesas gotas que resbalaban por el rostro en sombras. Y Monna parecía clavada en aquella tierra; como si también estuviera enterrada en el patio, asomando apenas la cabeza. Ni siquiera pudo moverse, en un retroceso defensivo, cuando él avanzaba, con lentitud.

—Te pregunto a qué viene tanto misterio... —susurró Lancelot.

—Era Sheyla Blossom... —dijo, con un hilo de voz, Monna.

Él la miraba con terrible fijeza; introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta. Estaba algo desgredado, parecía fatigado por un esfuerzo reciente.

—No sabes lo que dices, querida... —musitó—. Sheyla está muerta, arriba...

—DESENTIERRA DE INMEDIATO A BARRY. PUEDE ESTAR VIVO AÚN.

—Pero... ¿te has vuelto loca?

—¡Lo sé todo! ¡Sheyla me lo explicó! ¡Y fue ella la que cayó por la ventana...! ¡Eres un monstruo, un malvado...! ¡Tú eres el culpable de la muerte de todos! ¡DESENTIERRA A BARRY! ¡Monstruo, fiera...! —y Monna, sin poder contener más tiempo su angustia, estalló en sollozos.

Howard Lancelot iba a llegar a su altura, pero, de súbito, pareció hacerse de día.

Infinidad de focos luminosos, de gran potencia, se encendieron en todo el contorno del patio, de las simientes humanas.

Focos que atrapaban de lleno a Lancelot, y a la sollozante Monna, que estaba de rodillas, estremecida, arañando la tierra, como si quisiera escarbar con las uñas para encontrar a Barry.

Lancelot, que aparecía con la faz desfigurada, con ojos de demente, miraba, sin poder evitarlo, hacia las luces, deslumbrándose.

Creyó que solo podía intentar salir de allí por la puerta que daba a la casa, a la cocina. Monna no era un obstáculo...

Saltó, y allí, en el dintel, tropezó con un corpulento policía.

Rebotó, manoteó hacia atrás.

Al patio, procedente de otros de la manzana, saltaban más policías.

Howard Lancelot soltó un rugido de rabia, y extrajo del bolsillo de la

chaqueta la pistola.

—¡Atención, está armado! —gritó un policía.

Lancelot quiso disparar, abatir a todos aquellos malditos que le rodeaban, que iban a ser su ruina... Pero de pronto, pareció cambiar de opinión, y su odio, su infernal deseo de venganza, su locura, tal vez mal curada por el hechicero negro, se volvió hacia Monna. Quiso disparar contra ella, gritando, espumeante la boca, toda su rabia, pero era tarde. Eran muchos los brazos, las manos, que le sujetaban, y los cuerpos que se interponían.

Trató de luchar, de forcejear.

Se desollaba vivo, jadeaba, lanzaba espuma...

Hubo un instante en que pareció que las fuerzas de la desesperación le permitirían huir pero una zancadilla, seguida de un golpe en la espalda, le dejó de bruces en tierra.

—Inmovilízadle —gruñó el oficial.

Allí quedó, como una gran oruga aplastada, aprisionada; con un pie sobre la nuca, que incluso le impedía mover la cabeza, pero no besar la tierra del patio, húmeda y fría.

Monna levantó la cabeza, entonces.

—¡Tienen que desenterrar a mi hermano! ¡Lo ha hecho ya...! ¡Lo ha enterrado ya! —chillaba—. ¿No ven esas cabezas? ¡Háganlo, pronto! ¡Pronto...!

Y estalló de nuevo en sollozos, para seguir con risas, para estremecerse, para sufrir unas terribles convulsiones, mientras trataba de arañar ella misma la tierra...

—Llévosla de aquí —ordenó el oficial.

Dos policías se acercaron a Monna, tratando de calmarla, pero ella, desesperada, distendidos los nervios, aflojados, vivía más angustiada que en ningún otro momento. Los policías tuvieron que desistir de las maneras amables, y a la viva fuerza la sacaron de aquel patio; los gritos de Monna aún resonaban, cuando el oficial, junto a Lancelot, masculló:

—¿Dónde le ha enterrado? ¿Cuánto tiempo hace?

Le habían retirado el pie de la nuca, y pudo alzar la cabeza.

Empezó a reír, enloquecido.

—Solo hace unos minutos... ¡Solo minutos! Le había acabado de cubrir cuando llegó esa maldita...

—¿Dónde está? —gritó, furioso, el oficial.

—Lo buscan... Busquen, sí... Yo pagaré, pero él habrá pagado ya... ¡Busquen ustedes! ¡No pienso decirlo! ¡Era un canalla, un monstruo...! ¡Me tiró el alud encima! ¡Yo quiero reírme ahora ante el alud que le ha caído a él! ¡Si quieren encontrarle, escarben!

El oficial entendió que aquel hombre estaba en unos instantes de plena oscuridad mental; quizás un regreso al pasado... Algo que ellos aún no comprendían muy bien, ya que Monna no se había explicado con

demasiada coherencia, ni lo había dicho todo, empujada por la terrible prisa.

—Muchachos, la tierra tiene que mostrar huellas. Mirad bien. Primero, el que puede estar vivo, aunque lo dudo. Luego, desenterrad los otros cadáveres... los cuerpos de esas cabezas. ¡Rápido!

No tardaron en encontrar, en un rincón, donde habían crecido hierbajos, las huellas de una fosa recién cavada.

Y un forzudo policía empezó con el pico, y otro le secundaba con la pala, mientras que otros iban en busca de herramientas propias, para acabar cuanto antes el macabro trabajo.

Estaban ya profundizando cuando Howard Lancelot, que parecía olvidado en aquellos momentos, reaccionó, enfurecido, loco.

Fue algo imprevisible.

Corrió hacia la tumba de Barry Gilchrist, y se abalanzó hacia la tierra, gritando:

—¡No lo desenterraréis! ¡Aún no...! ¡No lo...! ¡AAAAH...!

Fue inevitable.

Había sido todo demasiado rápido, para que el policía contuviera el golpe de pico que estaba asestando ya.

Fue espeluznante.

Realmente terrorífico.

Nadie lo hubiera supuesto.

Y, sin embargo, allí estaba.

Lancelot, que había saltado sobre la tumba, echándose allí, para impedir que siguieran cavando, no pudo evitarlo, ni el policía. Nadie podía evitarlo: el pico, lanzado con la terrible potencia del forzudo policía, alcanzó el cráneo de Howard Lancelot. Lo partió, lo cascó como una simple cáscara de nuez. Aquella tierra se empapó de sangre. Hubo unos instantes de estupor.

* * *

El policía soltó el pico, palidísimo, sudando.

—Dios mío... —gimió—. Y-yo... yo no quería... No pude evitarlo...

—Está bien, Eli... Sacad el cadáver, y seguid profundizando —era la voz del oficial, que disimulaba muy mal su impresión.

Pero había que seguir trabajando, mientras quedase la más mínima esperanza de recuperar a Barry Gilchrist con vida.

Retiraron el cadáver, y poco después, conseguían llegar hasta Barry Gilchrist.

De inmediato, lo sacaron al aire libre.

La potencia de los focos permitía ver con todo detalle aquel cuerpo tendido en el suelo, y rodeado de gente.

El propio oficial se inclinó; tocó el cuerpo, y con la mano limpió un

poco el rostro de la tierra que tenía pegada a la piel. Los demás, con cierta ansiedad, permanecían en absoluto silencio.

El oficial necesitó un brevísimo examen; musitó:

—Está muerto.

Unos seguían mirando a Barry, pero otros giraron la cabeza en dirección al cadáver de Howard Lancelot, horrible, con la cabeza partida por el tremendo golpe de pico; involuntario golpe, además. Y también hubo quien miró aquellas cabezas visibles aún; cuerpos que estaban esperando una sepultura más digna...

—Pero ni siquiera ha muerto por asfixia, como cabía esperar... —dijo, de pronto, el oficial—. Fijaos bien en el color de su piel. Es aún casi normal, en un hombre que acaba de morir; es decir, no presenta el tono amoratado de las personas que mueren por asfixia. ¿Conclusión...?

—Yo hubiera muerto de miedo... —murmuró un joven policía.

El oficial le miró.

Asintió con unos movimientos de cabeza, y dijo:

—Eso es lo ocurrido: HA MUERTO DE MIEDO.

Fatigado, estremecido, el oficial se puso en pie.

Todo eran rostros muy pálidos allí, en torno a aquella locura de muertes. Otros, recordaban aún a la mujer disfrazada de hombre, que se había precipitado por la ventana, con aquellos horribles globos en los ojos...

Y alguien llegaba a la carrera; un policía, que se presentó al oficial, diciendo con voz tensa, opaca:

—Hemos hallado a Cora Palmer en el estanque, teniente... Estaba en...
Calló.

* * *

La mirada del policía pareció extraviarse por el patio de las cabezas.

El oficial murmuró:

—De acuerdo, Slim. La habéis conducido a la “morgue”, supongo.

—S-sí... sí, señor...

—Haced lo propio con todos estos cadáveres.

—Bien señor...

El teniente, entonces, cansino, salió del patio.

Recorrió el pasillo, para hacer su aparición en el vestíbulo. Miró a aquel hombre que llevaba un maletín, en el que guardaba algo. Miró también a Monna Gilchrist, que estaba tirada en un sillón, reposando, con algo inquietante aún en la mirada.

El hombre del maletín, el doctor Jameson, dijo:

—Le he administrado un calmante, teniente. Creo que, de momento, es lo que puede hacerse.

—Está bien, doctor. La dejaremos a su disposición, más tarde, en la enfermería. ¿Aprecia, a simple vista, alguna lesión, o...?

—No. Nada. Una fortísima crisis, que todos sabemos a qué achacar. Nada más.

—Hasta luego, doctor.

El doctor Jameson se iba.

El oficial se sentó frente a Monna.

Ella le miraba; se iba tranquilizando por momentos, debido al fuerte calmante utilizado por el doctor Jameson.

Monna susurró:

—¿Han... hallado a Barry...?

El policía tardó un poco en responder; lo hizo con mucha brevedad, con rostro compungido:

—Lo siento...

Monna cerró los ojos.

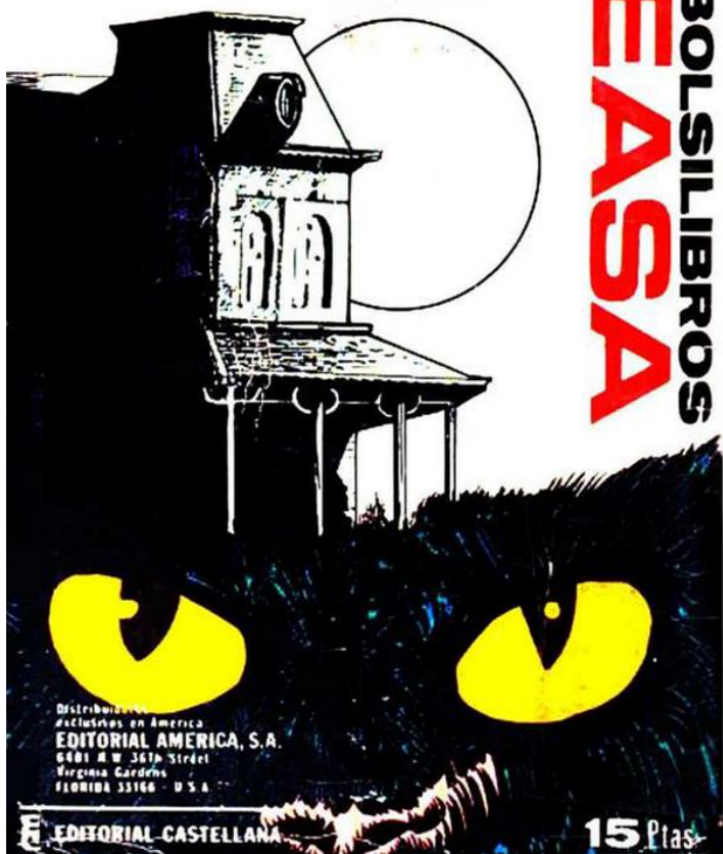
La invadía el sueño; una calma artificial... Pero como fuese, la necesitaba, para no estallar... De un golpe, lo perdía todo; del modo más monstruoso. Familia, esposo, felicidad... En su mente quedaría la huella de todo aquello para siempre... ¡Para siempre! Una huella indeleble... Pero tenía que confiar, si quería seguir viviendo... Confianza en la vida, en el futuro... Borrar la huella... Como fuese, borrar la huella... ¡Qué dulce sueño...!

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

E EDITORIAL CASTELLANA

15 Ptas.